

MUSULMANES QUE ENCONTRARON A CRISTO

*Testimonios vivientes
del poder del evangelio
entre los seguidores de Mahoma*

R. F. WOOTTON



MUSULMANES QUE ENCONTRARON A CRISTO

R. F. Wootton

Título original: *Jesus, more than a prophet*

Con permiso de Inter-Varsity Press

© PM Internacional

info@pminternacional.org - www.pminternacional.org

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas están tomadas de la versión Reina Valera Revisada 1960. © Sociedades Bíblicas Unidas. Las citas coránicas han sido tomadas de la versión de A. Hernández Catá.

1987 Primera edición por *Misiones Mundiales* (Argentina)

1992 Segunda edición por Editorial Unilit

Índice

Prólogo	7
Introducción	9
1. Le serviré toda mi vida <i>Ahmad Soussi</i>	13
2. El viejo Ghulam ya murió <i>Ghulam Naaman</i>	21
3. La dinámica del amor <i>Lamin Ousman Sanneh</i>	29
4. Todos darán gloria a Jesucristo <i>Jahangir Durrani</i>	35
5. Fui perdonado <i>Jose Seidu Mans</i>	39
6. Encontré verdadero gozo <i>Juan Parwez</i>	45

7. Todo fue diferente	
<i>Hasan Dehqani-Tafti</i>	51
8. ¿Cómo puedo reconciliarme con un Dios santo?	
<i>Natanael Idarous</i>	57
9. Pastor de todo el pueblo	
<i>Tiyamiyu Akinlade</i>	63
10. El dador de la paz	
<i>Qamar Zea</i>	69
11. Un despertar total	
<i>Razzaq Barakat Ullah.</i>	75
12. Era todo lo que había soñado	
<i>Maryam</i>	83
13. Con Cristo vivo en plenitud	
<i>Talib Barwani.</i>	89
Si usted es musulmán	95
Glosario	101

Prólogo

AL REFERIRNOS AL ISLAM nos parece oportuno hacer dos observaciones:

La primera es que al considerar el islam estamos hablando de una religión que está en franca expansión mundial; ya no se trata de una creencia oriental relegada únicamente al Medio Oriente. Hoy, su potencial económico y su propagación doctrinal se están haciendo sentir con marcado énfasis también en los países que tradicionalmente han sido considerados como bastiones del cristianismo occidental.

La segunda observación es que —al contrario de lo que comúnmente se ha creído, en el sentido de que resulta extremadamente difícil que un musulmán se convierta al cristianismo—, hoy, más y más seguidores de Mahoma están aceptando el evangelio. Esto, si bien no se da en las cantidades a las que estamos habituados en América latina, nos llevan a aventurar que nos encontramos fren-

te a los umbrales de una gran cosecha de musulmanes para Cristo, sin precedentes en la historia.

A través de estos breves testimonios que relata MUSULMANES QUE ENCONTRARON A CRISTO, veremos cómo Dios está salvando a seguidores del Corán de la amplia franja verde que abarca el islam en la actualidad, desde el África occidental hasta el Lejano Oriente. En sus propias palabras los autores nos ilustran de qué manera obtuvieron salvación eterna, y las dificultades a las que se expusieron posteriormente por causa de la nueva fe que abrazaron. Ser un discípulo de Jesucristo ¡no es nada fácil en aquellas latitudes!

En este día crucial que vive Iberoamérica, se siente cada vez con más palpable convicción que somos nosotros, los latinos, los que estamos más cerca de ellos para llevarles el glorioso mensaje de salvación. ¿Cuántos otros testimonios igualmente maravillosos como los que siguen podrían llegarse a escribir si nuestras iglesias despertaran con ferviente amor al desafío que nos presenta el relegado mundo islámico con sus casi mil millones de adherentes? ¿Hará usted su parte para que otros musulmanes se añadan a la lista de los redimidos por la preciosa sangre del Cordero de Dios?

¡Esta es la hora para los musulmanes!

¡Esta es la hora para su iglesia iberoamericana!

FEDERICO A. BERTUZZI

Introducción

LA RELACIÓN HISTÓRICA entre musulmanes y cristianos a través de los siglos ha sido triste y vergonzosa. Los cristianos no han cumplido con el deber de amar a su prójimo —sea cual sea su credo— como a sí mismos.

Por su parte, los musulmanes tampoco han tenido siempre en cuenta las palabras de su profeta: «Entre los cristianos hallaréis hombres humanos y aliados a los creyentes» (Corán 5.85).

Dejando atrás lo que los cristianos hayan hecho sufrir en diversas épocas a los musulmanes, especialmente durante las cruzadas de la Edad Media y el período de explotación colonial, se puede afirmar que ya se han acabado los ignominiosos crímenes perpetrados en contra del pueblo islámico.

Sin embargo, esa amarga y prolongada lucha del pasado ha dejado una herencia muy triste, especialmente si se toma en cuenta el terreno común que existe entre las dos

religiones: la creencia en un Dios verdadero y único, creador del cielo, la tierra, los ángeles y el hombre; que por medio de los profetas (muchos de los cuales son reconocidos por ambas confesiones) ha revelado su santa voluntad a la raza humana. El exige adoración y obediencia, escucha sus oraciones, y un día los llamará a juicio. Es el único que puede ser glorificado, exaltado y adorado. ¡Sea Dios bendito para siempre!

El presente no es un libro de estudio para quienes deseen aprender las enseñanzas del islam, aunque en los testimonios resaltan algunas claves de las creencias y prácticas de esa religión. Deseamos más bien, que quienes lean este libro, adquieran un conocimiento elemental de la fe y la vida de sus amigos musulmanes. Al mismo tiempo, esperamos que los musulmanes que lo lean puedan descubrir los factores que llevaron a sus anteriores correligionarios a profesar la fe cristiana.

Estas historias fueron escritas por personas muy distintas entre sí y de diversas nacionalidades. Con excepción de dos, todas son relatadas por sus propios protagonistas. Algunos tienen una alta posición social y han recibido una buena educación; otros provienen de familias humildes. Los autores en ningún momento niegan los aspectos positivos del islam, y muchos de ellos mantienen un respeto profundo por su religión anterior. Su experiencia se basa en Jesús (Isa), de quien el Corán (su libro sagrado) y la doctrina ortodoxa musulmana aceptan que nació de una virgen, hizo muchos milagros, vivió una vida libre de pecado, ascendió vivo al cielo y está destinado a regresar a la tierra al final de los tiempos. Lo

que desean comunicar es, sencillamente, cómo Dios de una manera totalmente nueva, ha llegado a ser real para ellos por medio de Jesús, su Salvador y Señor, y cómo sus vidas han cobrado un nuevo sentido al recibir la certeza de la salvación eterna en el mundo venidero.

Espero que sus palabras sean recibidas con una mente abierta, sirvan de estímulo para buscar la verdad en la persona de Jesucristo, y animen a quienes tengan la oportunidad, a compartir su fe con sus amigos musulmanes.

R. F. WOOTTON

1

Le serviré toda mi vida

Ahmad Soussi

Marruecos

A LA EDAD DE DIECISIETE años dejé el pequeño pueblo donde nací y viajé a Casablanca para continuar con mis estudios secundarios, vivir con mi tío y ayudarle en sus negocios. En la ciudad me amoldé a lo que la mayoría hacía. No era muy difícil encontrar mujeres y hombres de la calle. Yo entablé amistad con esta clase de gente y pronto llegué a ser uno de ellos. Fracagé en mis exámenes y coseché lo que había sembrado.

Un día, la esposa de mi tío encontró en mi mesa una foto donde aparecía yo con unas chicas. Mi tío le escribió a mi padre pidiéndole que viniera pronto. Cuando llegó, éste me preguntó dónde había estado pasando el tiempo.

—Jugando al fútbol —le dije.

El me mostró la foto con las chicas y exclamó:

—¡Vete, hijo perverso! ¡No eres digno de tenerme como padre!

Abandoné la casa y caminé sin rumbo por las calles. Uno de mis viejos amigos me pidió que le contara lo sucedido. Se lo dije todo y él me preguntó:

—¿Acaso te olvidas que yo pasé por lo mismo hace cinco años? Sin embargo, no estoy desanimado. ¡Ahora, por fin, estoy libre de la autoridad de mis padres!

—¿Piensas que al estar perdido eres libre? —exclamé.

—Llámalo como quieras —dijo—, lo importante es que yo sé donde encontrar un pedazo de pan y un lugar dónde dormir. En nuestro país no se puede pedir más que eso. Si yo estoy perdido, tú también lo estás. Ven conmigo, entonces, para que conozcas al líder de nuestra pandilla y trabajes con nosotros.

Logró convencerme, ya que yo no tenía ni comida ni empleo. El líder de la pandilla me enseñó a robar. Lo hice durante siete meses y así obtuve suficiente dinero para comer, fumar y beber. Pero la policía descubrió nuestro escondite y una vez más me encontré en la calle. Entonces, junto con un amigo, trabajé como cargador en el mercado de verduras. Un día le sacamos a una señora la cartera de su canasta. Nos detuvieron y nos llevaron a la seccional de policía. Confesamos que habíamos tomado el dinero y devolvimos lo que nos quedaba. Cuando el oficial preguntó a esta mujer si quería acusarnos formalmente, ella respondió: «No. Quiero perdonarlos porque Jesús me perdonó a mí y perdona los pecados de todos».

Estas palabras tocaron mi corazón con un efecto perdurable. ¿Quién es Jesús? ¿Por qué perdona? Durante ese tiempo muchas preguntas sin respuesta pasaron por mi mente.

Pero la ley no perdona como Jesús. Me condenaron a siete meses en la cárcel. Mi padre sabía que yo estaba allí. Cuando me dieron la libertad fue a recibirme. Con lágrimas en los ojos, le pedí que me perdonara y él lo hizo.

Al año siguiente, mi padre me matriculó en una escuela coránica. Accedí por complacerlo. En ese tiempo, leí muchos libros de historia, especialmente acerca de la ocupación romana del norte de África. Comprendí que antes que llegara el islam, la religión de nuestros antepasados había sido el cristianismo. Los ejércitos musulmanes habían obligado a la gente a aceptar su religión, y por eso nosotros la tenemos ahora. Mi corazón se llenó de dudas y dejé de rezar porque ello nunca me había dado satisfacción espiritual. Por esta razón me consideraron irreligioso, así que tuve que abandonar la escuela.

Poco después regresé a Casablanca por invitación de mi tío. Ahí conocí a un hombre llamado Kamel, oriundo del Medio Oriente y dueño de un restaurante.

Una vez, le pregunté su opinión con respecto a la religión y me respondió:

—¿Sabes, Ahmad?, soy cristiano y no musulmán como supones.

—Pero, eres árabe —le dije—. ¿Acaso entre los árabes hay cristianos?

—Se te olvida que en la zona del Medio Oriente —continuó—, hubo muchas tribus y reinos cristianos. Ustedes aquí en el norte de África piensan que sólo los europeos son cristianos, pero ésa no es la verdad.

Entonces me entregó un Nuevo Testamento para que lo leyera.

Cuando llegué a casa, me encerré en mi cuarto y empecé a leerlo. Lo primero que me impactó fue el hecho de que el evangelio estaba en árabe y que su mensaje era válido para todo el mundo y para todas las razas. Supe con seguridad que Jesús había dicho: «Al que a mí viene, no le echo fuera» (Juan 6.37).

En otra ocasión visité a Kamel y me preguntó si había leído el libro y qué me parecía. Respondí que sí lo había leído y que las muchas frases en el Nuevo Testamento acerca del amor de Cristo me habían conmovido.

—¿Y qué de la salvación? —me interrogó—. ¿Leíste que a cualquiera que cree en El le serán perdonados sus pecados?

No le respondí en ese momento, pero obtuve las direcciones de varias instituciones que ofrecían cursos bíblicos por correspondencia y me enviaron algunos. Por medio de ellos, mis ojos fueron abiertos a la verdad de Dios. Entonces, para profundizar mi conocimiento de su Palabra, comencé unos estudios bíblicos con un hermano en Cristo.

Existe una gran diferencia entre mi pasado y mi presente. El color de mi pasado es oscuro, y su olor el del alcohol, las mujeres y el pecado. El color de mi presente es

luz, y está cubierto por el gozo y la tranquilidad que provienen de la fuente de toda paz, Jesús.

Pero mi tío no reconoció la diferencia. Una noche después de la cena, asistí a una reunión, sin darme cuenta de que un vecino enviado por él me estaba siguiendo. Cuando regresé, mi tío me atacó y a la mañana siguiente, con el vecino, me llevó a la seccional de policía. El oficial preguntó qué había robado, ya que el robo es la queja más común que reciben.

—No ha robado nada —respondió mi tío—, pero lo que ha hecho es mucho más grave y debe saberse en público. Ha negado su religión. Yo desearía que más bien hubiera robado algo; eso no sería nada en comparación con esto.

—Ustedes no tiene nada que ver con su religión y su fe, —dijo el policía—. Si él trabaja honradamente, puede pensar como quiera. Eso no concierne a la autoridad.

Y me dejó ir.

Mi tío, desilusionado, animó a los vecinos para que me despreciaran e insultaran. Mi único consuelo era el que provenía de las palabras del evangelio. Unos días después fui convocado a comparecer ante un consejo compuesto por mi padre, mi tío, un vecino, tres líderes religiosos y algunas otras personas. Oré antes de entrar a la habitación para que Dios me diera valor y El me recordó: «Lo que os fuere dado en aquella hora, eso hablad; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu Santo» (Marcos 13.11).

Uno de los líderes religiosos empezó la reunión dirigiéndose a mí:

—Escucha, amigo mío, no aceptes otra religión. No seas tentado a cambiar, porque las consecuencias son muy graves.

Esperé a que finalizara y les contesté:

—Escuchen, mis amigos. Han oído hablar de Jesús y de sus milagros: sanó a los enfermos, calmó la tormenta, levantó a los muertos, vivió una vida sin pecado, murió en la cruz, fue levantado de entre los muertos, ascendió al cielo y va a regresar. ¿Quieren creer en Él?

Todos me miraron asombrados, mientras que el líder religioso me abofeteó, regañándome:

—¿Cómo puedes abandonar la religión de tus padres y tus abuelos?

—La fe no se recibe como herencia de los padres —repliqué— es el resultado de la obra del Espíritu Santo. Siempre seré, físicamente, el hijo de mi padre, pero espiritualmente soy un hijo de Dios. El me libertó de la esclavitud del pecado. ¿Cómo quieren ustedes que yo regrese a esa esclavitud?

Entonces, el líder religioso gritó fuertemente a los presentes:

—¡Les advierto que cualquiera que coma o duerma bajo el mismo techo con un infiel como éste, será lo mismo que él: un infiel!

Así, por tercera vez, me encontré en la calle sin trabajo ni hogar. Recordé a un amigo que era carpintero y fui a verlo. Me quedé con él por muchos días. Mi testimonio

lo conmovió, y después de un tiempo, él también creyó en el Señor Jesús como su Salvador.

Mientras tanto, no dejé de orar por un trabajo. Un día escuché una voz detrás de mí:

—Ahmad, ven acá.

Era Brahim, un amigo de mi padre, un importante hombre de negocios de la ciudad.

—Quiero preguntarte acerca de tu familia —me dijo.

—Mi familia está bien. Esa es la única noticia que he tenido de ellos en meses.

—¿Por qué?

—Me echaron de la casa a causa de mi religión —expliqué—. Ahora estoy buscando trabajo.

—Yo necesito a alguien. Si quieres, puedes trabajar conmigo.

—Muchísimas gracias, pero debes saber que soy cristiano.

—No te pregunté por tu religión. Lo único que pretendo es que seas honrado y hagas bien tu tarea —fue su contestación.

Di gracias al Señor y al día siguiente empecé a trabajar. Pasaron días, semanas y meses. Todos los clientes apreciaban mi dedicación y manera de tratarlos. Siete meses después, Brahim tuvo que irse en viaje de negocios y me dejó encargado de la tienda.

Cuando volvió me invitó a su casa, diciendo:

—Aquí tienes un poco de dinero. Ve, córtate el cabello, vístete bien, y ven a cenar con nosotros.

¡Qué tremenda sorpresa me esperaba al entrar a su casa! Allí estaban mi padre, mi madre y mi tía. Al regreso de su viaje, Brahim había pasado por mi pueblo y había traído consigo a mi familia. Me lancé a los brazos de mis padres que me abrazaron en medio de muchas lágrimas. Luego mi padre, en vez de reprocharme, se inclinó hacia mí y me dijo en voz baja:

—Ahmad, hijo mío, perdóname por lo que te hice. En el pasado tu tío me contaba muchas cosas acerca de ti y pensé que eras como otros jóvenes maleantes que transitan por las calles, viviendo con mujeres y tomando drogas. Esas noticias me entristecían, pero recientemente, cuando Brahim me habló de ti, me puse muy contento.

—Sí, padre —respondí— yo era lo que tú pensabas. Ahora Jesús me ha enseñado mucho y me ha recibido en su rebaño, ya que era una oveja perdida. Creo en El y le serviré para siempre. Empecemos un nuevo capítulo en nuestras vidas.

2

El viejo Ghulam ya murió

Ghulam Naaman

Pakistán

NACÍ EN LA CIUDAD de Jammu, en el norte de la India. Era el menor de cinco hermanos de una familia musulmana de buena situación económica. Mi padre servía como mayor en el Ejército. Observaba las leyes del islam, pero con cierta diferencia de los demás, tenía una inclinación hacia el misticismo, hacia un conocimiento interno de Alá, ya que era un *sufi*.

Cuando yo tenía cinco años nos trasladamos a Zafarwal, un pueblo antiguo en el Punjab, cerca de la frontera entre Jammu y Kashmir. El director de mi escuela también era un *sufi*, pero algunos de mis compañeros eran cristianos. En el pueblo había una congregación cristiana con un pastor llamado Ibrahim, que se había convertido del islam.

Siendo niño, me había impresionado la devoción de una mujer evangélica que siempre estaba hablando a la gente acerca de Jesús y su amor. Yo podía ver que para ella su fe era todo.

A la edad de nueve años, regresé a Jammu a estudiar en la secundaria, donde prevalecía una atmósfera muy distinta, ya que la mayoría de los maestros eran hinduistas. En la escuela me fue bastante bien, pero a los trece años me aburrí y decidí huir de ella, para ingresar en la Fuerza Aérea de la India. Me tocó cumplir el servicio en la frontera con Birmania.

Los días posteriores a la guerra fueron muy difíciles para mí. Cuando niño, había sido simpatizante del Movimiento por la Independencia Nacional, e incluso habían sospechado que yo pertenecía a una organización sediciosa. Mi posición en la Fuerza Aérea se hizo insostenible, y finalmente fui dado de baja. Regresé a la casa de mi madre y hermanos en Jammu, donde me dijeron que mi padre había muerto recientemente. En ese tiempo, el país estaba en efervescencia ante la perspectiva de su próxima independencia, mientras que se desarrollaba, además, un amargo conflicto entre musulmanes, por un lado, e hindúes y sikhs, por el otro.

Las emociones llegaron a desbordarse y desde las mezquitas del Punjab se proclamó una *jihad* (guerra santa) en defensa del islam.

Yo también me metí de lleno en el conflicto, participando en las fuerzas musulmanas de liberación. Resultó ser un soldado eficiente y enérgico, y recuerdo con ver-

güenza cómo, junto con otros, quemaba pueblos y a veces mataba a personas indefensas o las obligaba a adoptar el islam. En ocasiones, mi conciencia me golpeaba duramente, como por ejemplo, cuando encontré a un grupo de soldados abusando sexualmente de una muchacha hindú. Me sentí más y más deprimido, pues yo había sido criado en un mundo bueno donde la gente sencilla se amaba y tenía todo lo que necesitaba.

Una vez me encontré con dos prisioneros cristianos de edad madura y les pregunté:

—¿Por qué no se hacen musulmanes?

Ellos no me respondieron pero una niña de doce años que los acompañaba exclamó:

—¡No podemos!

Yo repliqué:

—¡Entonces, tendrán que atenerse a las consecuencias!

—¡Sí! —me respondió—, pero Aquél en quien hemos creído ha dicho que estaría con nosotros hasta el fin del mundo.

Los tres se arrodillaron y oraron a Jesucristo. Cuando se pusieron de pie, yo les pedí perdón.

—Te perdonamos en el nombre de Jesús —me respondieron.

Me sentí impulsado no sólo a liberarlos, sino también a compartir con ellos algunas de las cosas que habíamos tomado de otros.

En otra ocasión, habíamos incendiado un pueblo y es-

tábamos esperando para matar a la gente a medida que salía huyendo. Repentinamente, una anciana corrió hacia mi con un niño pequeño en sus brazos, lo dejó caer a mis pies y me gritó:

—¡Mátelo! Su religión lo manda a matar a la gente, y su dios sólo está contento cuando los ve asesinar. Pero recuerde bien esto: ¡Dios jamás se complace cuando matan la obra de sus manos!

Miré al niño que sollozaba atemorizado a mis pies, me sentí anonadado, y por algunos minutos no pude hablar. Me dio asco lo que estaba haciendo. Suavemente, le dije a la mujer:

—Lléveselo, y yo le prometo delante de Dios que estas manos mías, jamás volverán a matar a nadie en nombre de la religión.

Me di cuenta, por fin, de lo pecador que era y me pregunté cómo podría perdonarme Dios por haber matado a tantas personas inocentes.

Me envolvió un manto de oscuro terror. Mis creencias y prácticas islámicas se fueron desvaneciendo de la mente y reconocí que era un agnóstico. Presenté mi renuncia al ejército y me permitieron retirarme con la condición de que lo hiciera disimuladamente, sin decirle a nadie la causa.

Pero, ¿adónde iría? ¿Qué haría? Quise orar, mas el temor se apoderó de mi corazón al pensar cómo sería caer en las manos de un Dios iracundo. En mis amigos y hermanos no encontré ayuda alguna cuando les conté que

había perdido la fe en el islam. Disgustado por esto, decidí dejar a mis hermanos y a mi madre.

Una noche llegué a la estación ferroviaria de Kamaliya. Mi corazón ardía con un profundo pero insatisfecho anhelo de conocer a Dios. En la sala de espera, a medianoche, le abrí mi corazón en oración. Mientras oraba, me pareció escuchar una voz que decía: «Bástate mi gracia», y sentí que se me iban toda la tristeza y la depresión. Repetí una y otra vez esas palabras en voz alta, hasta que entró un barrendero cristiano que me escuchó y me dijo que yo estaba citando a San Pablo (2 Corintios 12.9).

No muy lejos había un pueblo cristiano. Fui allá para visitar al pastor y decirle que quería seguir a Cristo. Me envió con una nota al pueblo de Gojra, a unos quince kilómetros donde había un centro importante de la iglesia anglicana. Era una tarde calurosa, y cuando llegué al lugar el encargado me escuchó atentamente mientras yo le narraba mis experiencias y mi búsqueda espiritual.

Para que se interesara en mí y me tuviera lástima, le mentí diciendo que mi esposa había muerto repentinamente. El me recibió cariñosamente y me dijo que me podía quedar allí por algunas semanas, hasta que estuviera bien seguro de mi decisión de ser bautizado, y que ellos también estuvieran seguros de mi sinceridad.

Me dieron un cuartito con una cama, y empecé a estudiar sistemáticamente la Biblia. Encontré amistad y apoyo en un guarda nocturno llamado Buta Masih, un hombre de una fe sencilla pero real. Diariamente orábamos y leíamos juntos el Nuevo Testamento. Una noche,

cuando el encargado estaba sentado en su cama antes de acostarse, le recordé lo que le había contado con respecto a la muerte de mi esposa, y confesé: «¡Eso no es cierto, y ahora que he conocido al Señor no puedo seguir con una mentira!»

Mi sinceridad lo conmovió, y juntos dimos gracias a Dios por haber obrado así en mi corazón.

Más tarde, asistí a la Primera Convención Cristiana de Gojra. Encontré que las charlas eran muy edificantes, pero para mí, el momento culminante fue cuando me paré frente a una numerosa congregación, proclamé mi fe en Jesucristo y fui bautizado. Hasta allí, me había llamado Ghulam Rasul (siervo del apóstol Mahoma), pero desde entonces, me convertí en Ghulam Masih (siervo de Jesucristo).

Poco tiempo después, mis hermanos vinieron a buscarme, diciéndome que mi madre estaba enferma. Al llegar a casa, la encontré con buena salud, pero muy disgustada por mi conversión al cristianismo.

Mis familiares llamaron a algunos maestros islámicos para que discutieran conmigo. Sin embargo, no me impresionaron, y se fueron profiriendo amenazas y palabras hostiles. Mis hermanos me golpearon duramente y me encerraron por varios días sin comida en una habitación. Al ver que mi fe me fortalecía, se maravillaron de mi paciencia en el sufrimiento. Aproveché su asombro para explicarles: «Soy un hombre nuevo. El viejo Ghulam ya murió. Tengo un nuevo comportamiento y una nueva actitud frente a la vida».

Sentí que estaba en peligro, pero recordé las palabras de aquel gran cristiano del Punjab llamado Sundar Singh, que dijo: «Es fácil morir por Cristo, pero difícil vivir para él. La muerte requiere una o dos horas, pero vivir para el Señor Jesús significa morir diariamente».

Pronto sentí el llamado para salir a predicar, así que me convertí en evangelista itinerante. Visitaba a cristianos de todas las denominaciones y predicaba dondequiera que los ministros de Dios me lo permitían. En Zafarwal proclamé mi fe mediante una marcha de testimonio delante de quienes me habían conocido cuando niño.

Después fui a Sindi y aprendí el lenguaje sindi. Asistí a un campamento anual en el cual los médicos cristianos ofrecen tratamiento oftalmológico a miles de pacientes. Luego se me pidió que trabajara con el pueblo hindú de los *kuli*. Al principio, no me aceptaron y me obligaron a acampar debajo de un árbol, fuera del pueblo. Pero entonces Dios, por medio de la imposición de mis manos y la oración, sanó a algunas personas, lo cual condujo a que me recibieran cálidamente.

Más adelante fui enviado al Seminario Teológico de Gujranwala, a fin de capacitarme para el ministerio cristiano. Luego, en Karachi, compartí dos veces las vacaciones con un grupo de enfermeras. Una de ellas era una joven del Punjab llamada Daisy. Venía de un hogar cristiano, pero era orgullosa y satisfecha de sí misma. Por medio de mis palabras, el Señor penetró su armadura de orgullo y ella se arrepintió y entregó al Señor. Esto nos

unió, y grande fue mi gozo cuando sus padres accedieron a arreglar nuestra boda. Desde ese tiempo, ella ha sido para mí una maravillosa ayuda y fuente de fortaleza. Después de nuestro casamiento, tomé el nombre de Naamán, aquel general sirio de la Biblia que, por la fe de una joven sirviente, fue sanado de lepra a través del profeta Eliseo. Lo hice porque el testimonio de las mujeres cristianas ha significado mucho en mi vida.

3

La dinámica del amor

Lamin Ousman Sanneh

Gambia

DURANTE MI NIÑEZ cuando se aproximaba el ayuno del mes de *ramadán*, había entre nosotros una atmósfera tremendamente emocionante; se sentía solidaridad en la comunidad. Yo lo esperaba con mucho entusiasmo y participaba gustoso en esta época que había sido apartada para que los hombres adoraran a Alá y se sometieran a él, el centro de nuestra devoción religiosa. A veces, sentía deseos de eludir sus rígidos requisitos, dado que veíamos a Alá como un dios duro e inflexible en sus exigencias.

Pero esto iba acompañado de la satisfacción de haber cumplido con el requisito primordial que él nos había impuesto. Por supuesto, era maravilloso el día del banquete que seguía al ayuno. Yo disfrutaba de la comida y me

gustaba ir con mis amigos, vestido con mis mantos limpios al lugar de oración. Había un glorioso sentimiento de ser aceptado por Alá a causa de haber cumplido con mis obligaciones para con él.

Yo fui a un internado islámico. En los días especiales pasábamos la noche entera en oración, y al clarear la mañana parecía que junto con el alba amanecía sobre nosotros la misericordia de Alá. Esta es la disciplina religiosa a la que me sujetaba cuando era musulmán, y estoy muy agradecido por ella.

Quizá ustedes se pregunte por qué teniendo todo esto llegué a ser cristiano. Es que la misma cultura y tradición que daba profundidad y significado a mi vida, despertó en mi mente hondos interrogantes: preguntas con respecto a Dios y al hombre, la vida y la muerte, y la realidad absoluta. Estas preguntas me hicieron regresar al Corán y encontrar allí algo que me llamó mucho la atención: su testimonio con respecto a Jesucristo, el profeta y apóstol, pero no el crucificado, pues según el Corán otra persona tomó su lugar en la cruz. A mi me interesaba el tema de la muerte y la vida después de la muerte, y me di cuenta de que si Dios había actuado personalmente para tomar a otra persona y ponerla en la cruz en vez de Jesús, sobre él caía la responsabilidad por quienquiera que hubiese muerto allí.

Entonces pensé: «¿Y qué si Jesús realmente murió en la cruz, y Dios lo quiso así?» Reflexioné sobre el sufrimiento, la tristeza, y las esperanzas hechas trizas que son parte de la vida, y me pareció que la cruz me decía algo

referente a su misterio más profundo. Desde entonces, me interesé muchísimo en la obra redentora de Jesús. Acepté como hecho histórico su muerte en la cruz, y finalmente llegué a la conclusión de que lo había hecho por mí, por mis pecados.

Mi aceptación de Cristo provino del Corán. Posteriormente, me introduje en la lectura de la Biblia y descubrí la sublime verdad de que Dios me ama tal cual soy y que no le interesa cuántos puntos tengo acumulados a mi favor. Uno de los más grandes tropiezos para darnos cuenta de que El nos ama así como somos es que tratamos de ser buenos, de impresionarlo con nuestras buenas obras. O a veces, nos vamos hacia el otro extremo, desesperándonos por nuestros pecados, confesándoselos y esperando que le dé lástima. Pero lo maravilloso es que, de acuerdo con el Nuevo Testamento, Dios nos ama tal cual somos. Esto fue algo impactante en mi vida.

Tropecé con dificultades al tratar de unirme a una iglesia. Los hermanos no estaban acostumbrados a personas como yo y se mostraban reacios a aceptarme. Me tuve que abrir camino insistiendo en que yo debía estar allí. Alguien me dijo: «Usted debe ser muy importante para que Dios lo haya llamado del islam», y esto fue una tentación para caer en el orgullo. Es fácil menospreciar a la iglesia y decir: «Todos son malos; no quiero ser parte de ellos».

Llegué a ser apedreado y vejado en las calles por mis antiguos amigos musulmanes. Me sentía tentado a pedir que la ira de Dios cayera sobre ellos.

En medio de estas situaciones, Dios me mostró que la cruz del Calvario es un hecho ineludible y constante, que transforma nuestra vida continuamente, en todas las circunstancias. Sean cuales sean nuestros sentimientos, Dios nos ama, porque allí está la cruz, y ¡qué gran alivio nos da reconocerlo! He aquí en parte, el secreto de las palabras del salmista: «¿A dónde huiré de tu presencia?» La presencia de Dios es su amor que nos rodea y nos abraza. El apóstol Juan dice: «Mirad cuán grande amor nos ha dado el Padre». Dios me ama tal como soy.

El apóstol Pablo se refiere a nosotros como a vasos de barro que contienen un tesoro, y este tesoro es el mismo Dios. Si llegamos a conocer esta verdad, entonces vamos a querer que todos la conozcan. Por eso procuramos ganar a los musulmanes para Cristo.

Después de estudiar más acerca del islam y del árabe en el Líbano, regresé a África para ayudar a las iglesias a acercarse al pueblo musulmán. Cuando realmente entendemos que Dios nos ama, vemos que esto significa que El confía en nosotros, tanto es así que El mismo, en la persona de Jesucristo, se encomendó a nuestras manos. La única manera de dar a conocer a Dios es a través de la dinámica del amor.

Yo alabo a Dios por la manera en que me ha levantado, y por todo lo que me ha dado. Lo alabo también por los dones y tesoros tremendos que heredé a causa de mi formación musulmana. El quiere que los mismos sean utilizados para su gloria, para declarar que el secreto escondido de mi formación era Cristo Jesús, y que El está

sentado en el trono a la diestra del Padre. El desea que yo declare esta verdad con amor, humildad, paciencia y gratitud, dando en todo gracias al Señor.

4

Todos darán gloria a Jesucristo

Jahangir Durrani

Afganistán

MI NOMBRE ES JAHANGIR, hijo de Khair Ullah Khan, y tengo parentesco con los Durrani, la antigua familia real de Afganistán. Hace como cien años, mis antepasados se mudaron a Sind y llegaron a ser prósperos terratenientes en la antigua ciudad de Shikarpur. Como yo pertenezco al grupo *patán*, conozco muy bien el islam, porque dicho grupo está formado por musulmanes muy severos que se rigen por la ley islámica. Mis padres eran personas estrictas, que no tomaban bebidas alcohólicas y a mi hermano y a mi nos enseñaron de una manera muy completa los secretos del islam. Hoy en día, mi hermano mayor es un campeón de la fe chiíta, y yo, un soldado de Cristo.

Hace algunos años yo atendía una mueblería, cuando

cierto día un misionero evangélico llegó a mi negocio con unas sillas. Durante la conversación me habló acerca de la Biblia y de Cristo. No le presté mucha atención, pues mi mente estaba empapada por la ley y me era imposible reconocer tan rápidamente la gracia de Dios. Luego fui a la casa del misionero y él me dio un libro llamado *El Santo Evangelio*. Empecé a estudiarlo cuidadosamente. Sentí que mientras lo leía una voz me decía: «Tú, Jahangir, eres un pecador y un enemigo de Dios. En las buenas obras no hay paz duradera.» En mi caso, esto era cierto, porque aunque era un respetable y adinerado hombre de familia, en mi corazón no había paz. Estaba lleno de orgullo. Aún recuerdo el versículo que habla de que el evangelio es «poder de Dios para salvación a todo aquél que cree» (Romanos 1.16).

Llegué a sentirme más y más turbado. Creía en Dios como juez, y comprendí que la salvación era por medio de Cristo (Hechos 4.12) y que el juicio había terminado en la cruz. Pero para mí, era imposible abandonar el islam y creer en El. Sin embargo, diariamente leía con mucha atención el Nuevo Testamento. Mi carácter estaba cambiando, y la gente se asombraba al ver que un hombre que había sido tan orgulloso como yo pudiera tornarse tan manso.

Con el ánimo perturbado, me dediqué a la oración. Una noche, que me pareció ser la primera y la última de mi vida, escuché una voz que me decía: «La cura para un espíritu perturbado es la fe, la fe en que Jesucristo es el Mesías y el Hijo de Dios. Si tú quieres pertenecer a la familia de Dios, entonces llama Señor a su Hijo». Yo no sa-

bía quién me estaba hablando de esa manera. En la mañana tomé la firme resolución de creer en Cristo. Entonces, para mayor claridad y para fortalecer mi decisión, leí la tradición islámica que dice que en el día final, todos darán gloria a Jesucristo. Me dije a mí mismo: «Hacerlo en aquel día será compulsivo; yo lo haré ahora voluntariamente». La gente se enteró de que un Durrani estaba leyendo el evangelio. Llegaron muchos a aconsejarme que no lo hiciera más, diciéndome: «Estás cambiando; esto te llevará por mal camino; tu fe será debilitada». Mi respuesta era guardar silencio. Fui sintiendo que Cristo me indicaba que debía contestar con mi testimonio, de manera que le obedecí. Entonces, hubo lamento en la ciudad: vino gente de todas partes para procurar razonar conmigo, pero no surtió ningún efecto porque la llama de la fe ya empezaba a arder en mi corazón.

Me bauticé en Shikarpur. Mi estado mental antes de sumergirme en el agua era extraño; nunca lo había experimentado. Para mí, meterme en el agua no era nada nuevo, puesto que era un buen nadador, pero esta agua era diferente para mí. Antes de entrar, mi corazón parecía un retoño que empezaba a abrirse y florecer plenamente. Cuando me sumergí vi la cruz de Cristo y sentí que me tomaba y me unía a él mismo. Yo creo que Jesús es el Hijo de Dios, que es Dios encarnado, que me ha salvado, y que en efecto, con su propia sangre ha redimido al mundo. Es necesario recibir la herencia de las riquezas de la fe y luego entender que nuestros pecados han sido lavados reconociendo personalmente a Cristo como el

Señor y Salvador. Esto no se produce como resultado de argumentos o pruebas intelectuales sino por fe.

Pero lo negro no se torna blanco muy fácilmente, como lo atestigua mi experiencia personal. Yo serví durante un tiempo en la biblioteca cristiana en Hyderabad, a la cual acudían muchos musulmanes jóvenes para hacer preguntas y leer la Palabra de Dios. Mi oración es que mis hermanos musulmanes reconozcan personalmente que la salvación se encuentra en Cristo y que El es realmente el Hijo de Dios. Llegará el día cuando, por la influencia del Espíritu Santo, mucha gente reconocerá que Cristo es el Salvador del mundo.

5

Fui perdonado

Jose Seidu Mans

Sierra Leona

MIS PADRES ERAN MUSULMANES que pertenecían al pueblo de los fulanis. Desde muy joven me educaron en la fe musulmana, porque mi padre era un líder islámico. Cuando yo tenía tan sólo seis años de edad, tuve que dejar mi pueblo natal, pues fui enviado a un *karmoko* (maestro de árabe), con el cual viviría por unos ocho años. El me enseñó el Corán y las leyes del islam; empecé a ayunar, a dar limosnas, a ofrecer sacrificios y a cumplir con todos los deberes de un musulmán. Por aquel tiempo yo no sabía nada acerca del cristianismo, porque en esa zona no vivían cristianos.

Regresé a mi hogar después de haber leído y estudiado el Corán dos veces. Mi padre tenía el propósito de enviarme a su antiguo hogar en Mamu, Guinea, pero murió an-

tes de poder cumplirlo. Entonces conocí a algunos cristianos, quienes me invitaron a estudiar en su colegio. Su religión no me interesaba, ya que yo creía firmemente en el islam, pero sí quería aprender el inglés y recibir una educación moderna, por lo que acepté la invitación.

Estudí durante cinco años en este colegio sin que el cristianismo me afectara notablemente. Yo vivía y trabajaba en la casa de una profesora de edad avanzada. En este hogar había oración y se impartía educación cristiana. Incluso a veces iba a la iglesia, pero su fe no me convencía. Un día llegó el gobernador a nuestro pueblo de Kamabie, y la profesora lo invitó a almorzar. Ella me pidió que sirviera la mesa y yo accedí. Sin embargo, después rehusé hacerlo. Como era lógico suponer, mi actitud la disgustó. Cuando me presenté a su casa a la mañana siguiente para trabajar, no me dejó entrar. Entonces me fui al colegio. Mi mal comportamiento no me preocupaba.

Esa tarde, cuando regresé a la casa, ella estaba en la puerta y al acercarme, me llamó suavemente por mi nombre, diciendo:

—Seidu, perdóname.

Por un rato me quedé inmóvil. Luego pregunté:

—¿Qué?

—Esta mañana estaba enojada contigo —me explicó.

Hasta ese momento yo no había pensado seriamente en el pecado, pero entonces empecé a preguntarme: ¿Por qué ella me estaba pidiendo perdón a mí, cuando yo debía pedírselo a ella?

El Señor utilizó la humildad de esa mujer cristiana al

pedirme perdón para hacerme pensar muy seriamente en el pecado. Este fue el primer paso en el proceso maravilloso que usó el Señor para atraerme hacia El. Poco tiempo después, esa amada señora me envió a Gbendembu a continuar mis estudios. Allí, durante una reunión evangélica, Dios me habló de tal manera, que aún antes de que el predicador hiciera el llamado, yo me arrodillé y le confesé mis pecados al Señor Jesucristo. Sentí que estaba perdonado porque en mi corazón había paz y me sentía muy contento.

Pero al regresar a mi hogar, encontré inmediatamente la oposición. Mis tíos no me recibieron en casa, así que tuve que alejarme de ellos por dos años. Después de eso, vieron que ya nada podían hacer conmigo al darse cuenta del gran cambio que se había operado en mi. Antes de este incidente, yo había sido una persona muy problemática en el hogar. Solía pelearme frecuentemente con mucha gente, y en varias ocasiones mi familia había tenido que ir a la Corte por mi mal comportamiento. Pero esto no volvió a suceder después de mi conversión.

Entonces, como no me pudieron convencer de que abandonara el cristianismo, me recibieron de nuevo en el hogar. Como resultado de eso, pude llevar a mis dos hermanos y a mi hermana al Señor Jesucristo. Pasaron unos tres años antes que me bautizara. Cuando llegó un nuevo pastor, me preguntó acerca de mis intenciones de bautizarme. Así que me matriculé en la clase preparatoria, y finalmente fui bautizado.

Trabajé como maestro durante cuatro años. Luego

dejé la enseñanza y me dediqué al ministerio pastoral, ya que Dios había confirmado claramente mi llamado. Doce años después, sentí que Dios me ofrecía un nuevo ministerio, para el cual necesitaría una mejor educación. Fui al extranjero y estudié en una universidad donde pude desafiar a muchos estudiantes a trabajar en las naciones no alcanzadas. Varios respondieron a este llamamiento.

Regresé a Sierra Leona como pastor y evangelista. Hoy, cada miembro de mi iglesia está interesado en el evangelismo. En la época de sequía alcanzamos a los pueblos vecinos, de tal manera que al culto dominical llegan personas de once pueblos, desde una distancia de hasta veinte kilómetros. Sesenta y cinco almas han sido ganadas este año para el Señor Jesucristo a través del movimiento Nueva Vida para Todos.

Algunas personas piensan que, como los musulmanes creen en un solo Dios, no es necesario predicarles el evangelio. Pero yo sé que Cristo ha cambiado mi vida y que en El he encontrado la paz que no había podido hallar de ninguna otra manera. Sé que El puede apartarme del pecado y que me cuidó en medio de las pruebas y el sufrimiento ocasionados por el abandono de mi familia.

Cuando hablo con musulmanes, primero comparto lo que ya conocen, es decir, la creación, la caída, la desobediencia del hombre, y los profetas. Luego vemos las promesas de Dios con respecto al Mesías empezando desde Abraham. Esto nos lleva a la vida impecable de Jesús y a la cruz. Entonces comparto mi testimonio, y les digo que ahora soy lo que soy gracias a su muerte expiatoria en mi

lugar, haciendo énfasis en el perdón de Cristo y el poder para conquistar el pecado. Con frecuencia hablo en colegios secundarios cristianos en los cuales hay estudiantes musulmanes y muchos de ellos se vuelven a Cristo. Cuando esto ocurre, tienen que decírselo a sus padres, y entonces algunos de ellos les dejan de pagar las cuotas del colegio. Pero los muchachos siguen confiando en el Señor, que les da toda la ayuda que necesitan para la vida.

6

Encontré verdadero gozo

Juan Parwez

Pakistán

PERTENEZCO A UNA FAMILIA musulmana de Pakistán. Desde mi niñez estuve interesado en temas religiosos. A los ocho años, la gente me llamaba *santo* y muchos venían a mí para que orara por ellos, pues estaban convencidos de que fuera cual fuera mi palabra, Alá la cumpliría. En la escuela yo nunca peleaba con nadie, sino que me concentraba en los estudios. Los juegos no me interesaban mucho, pero sí me gustaba asociarme con gente religiosa. Mi familia compartía ese interés. Mi padre era un musulmán convencido, muy erudito, y yo quería ser como él para ganarme el respeto de todos, así que los estudios religiosos llegaron a ser una obsesión para mí.

Quando terminé mi séptimo año de educación, murió

mi padre. Permanecí por un año más en el colegio, pero mi corazón estaba quebrantado. Perdí el interés por el mundo que me rodeaba y me aislé, yéndome de mi casa para vivir en un lugar desolado, sin preocuparme por el hambre o la sed. Pasaba semanas enteras sin volver al hogar. Después de un tiempo, un primo mío me llevó a un sufi con quien me comprometí para ser su discípulo. El me aconsejó adoptar un estilo de vida de ascetismo espiritual, por lo que yo pasaba muchas noches sin dormir leyendo el Corán. A veces me olvidaba de comer y me debilitaba a tal punto que apenas podía caminar. La gente empezó a buscarme de día y de noche para pedirme oración por sus enfermedades, dolores y sufrimientos. Como yo ya no tenía interés en el mundo, no quería ver a nadie, pero cuanto más trataba de eludir a esas personas, más me acosaban.

Continuamente me preocupaba en observar la ley del islam mediante rezos, vigiliias, etcétera. Pero, aunque trataba con todas mis fuerzas de hacer buenas obras, a diario cometía pecados. El orgullo y la vanagloria eran los más frecuentes, porque después de adorar a Alá, creía que yo era santo y los demás pecadores. Empecé a preocuparme mucho porque quería saber cómo liberarme de mi maldad, pensando que sin buenas obras me iría al infierno definitivamente. Este temor me acechaba constantemente. Sentía que no podía cumplir con la ley: ésta se había convertido en una carga muy pesada para mí. Por ser un musulmán fiel, lucía una barba larga, pero luego me rasuré completamente, razonando que, si me había entregado enteramente a Alá, no tenía necesidad de preocuparme

por las apariencias. Mis vecinos empezaron a criticarme, argumentando que la ley es un asunto de conducta externa, y que sólo Alá conoce el corazón. Por ende, siendo musulmán, debía obedecer la ley, orar y ayunar. No les hice caso, pero seguía perturbado.

En ese tiempo tuve algunos problemas en la vista y fui al hospital cristiano de Taxila para recibir tratamiento médico. Allí escuché a algunos predicadores cristianos que proclamaban la Palabra de Dios, y en ella encontré lo que necesitaba: «Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» (Mateo 11.28). Este versículo me llegó al corazón, ya que la ley me agobiaba y me hacía falta apoyarme en alguien. Así que busqué un predicador para conversar con él.

Al terminar el tratamiento, regresé a mi hogar. Estaba totalmente convencido de la veracidad de la religión cristiana, pero dejar el islam no era un asunto fácil: ¿Qué diría la gente? ¿Qué pensarían los que confiaban en mí? Desde el momento en que había escuchado el mensaje del evangelio, estas preguntas habían sido un gran obstáculo. Me encontraba perplejo y en gran conflicto espiritual. Pero continué orando así: «¡Oh, Dios, muéstrame el camino correcto y dame la fortaleza para seguirlo!» Sabía que el Señor Jesucristo intercedería a mi favor y me brindaría paz y consuelo.

Gracias a Dios, El me dio valor y decidí regresar a Taxila. Allí, seis meses después de haber encontrado al Señor, recibí el bautismo. Inmediatamente me enviaron a Hyderabad para seguir un curso de estudios bíblicos. Allí

pude comprender la gracia y el amor de Dios revelados a los hombres a través de su Hijo. Después de esto, sentí el deseo de continuar estudiando. Ahora estoy terminando mi carrera universitaria. Mientras tanto, testifico de Cristo, especialmente a los musulmanes, porque sé que el Señor me ha enviado a ellos. Dios me da un poder maravilloso para compartir con otros el gozo que he encontrado al confiar en Cristo.

He tenido que enfrentar muchas dificultades a raíz de mi conversión, pero el Señor siempre me ha ayudado, dándome la victoria sobre las tentaciones. Al principio, mi familia se me opuso ferozmente, pero ya han cambiado un poco de opinión y es mi gran deseo que puedan aceptar al Señor. Ahora estoy libre de todas las ataduras que impone la ley, y me regocijo en la salvación por gracia y no por obras. La Palabra de Dios nos dice: «No hay justo, ni aun uno» (Romanos 3.10), y «porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios, no por obras, para que nadie se gloríe» (Efesios 2.8-9). Mi vida ha cambiado totalmente. Mi orgullo ha sido reemplazado por un espíritu de servicio. Después de convertirme, he tenido que realizar trabajos muy humildes, como barrer pisos, lavar platos, ser guarda nocturno, etcétera, y los he hecho sin disgusto. Esta bendición me ha llegado por confiar en Cristo, quien dijo: «Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos» (Marcos 10.43-44).

Ahora enseño en una escuela y estoy completamente

satisfecho, aunque mi salario no es muy alto. Mi deseo es entrar a un seminario para aprender más acerca del Señor y así servirle mejor. Quiero que la voluntad de Dios sea cumplida en mi vida y seguir testificando acerca de lo que Cristo ha hecho en mí.

7

Todo fue diferente

Hasan Dehqani-Tafti

Irán

NACÍ Y PASÉ MI NIÑEZ en Taft, un pueblo cercano a Yezd en el centro de Irán. Gracias a un hospital cristiano en Yezd, mi madre había podido conocer el amor de Dios revelado en Jesús, y se había bautizado. Sin embargo, al cerrarse el hospital, se vio obligada a regresar a Taft y a casarse con un pariente musulmán llamado Muhammad.

Una misionera evangélica solía visitar nuestro hogar y compartir su mensaje con unas veinte personas allí reunidas. Para mí la muerte de mi madre cuando yo apenas tenía cinco años, fue una gran tragedia, pero como veremos, Dios sacó provecho de esa desgracia. Fui criado como musulmán chiíta y anualmente participaba en la dramatización de la muerte de Hussein. Pero la misionera

presionaba continuamente a mi padre para que me permitiera estudiar en Yezd, ya que el último deseo expresado por mi madre había sido que me criaran como cristiano. Mi padre optó finalmente por consultar el Corán, y su respuesta fue positiva. Lo convencieron para que me permitiera asistir a los siete años de edad a una escuela de varones en la hermosa e histórica ciudad de Isfaján, que era la sede iraní de la Sociedad Misionera de la Iglesia, donde operaban una universidad, varios colegios, y un hospital.

Durante un tiempo pasé por una especie de sube y baja espiritual. En las primeras semanas de las vacaciones de verano me consideraba cristiano y discutía con otros acerca de mis creencias; pero después, toda la atmósfera del pueblo me empujaba y me convertía en un musulmán. Cuando tuve doce años la influencia de la escuela había prevalecido y yo ya había decidido ser cristiano. ¡En Taft llegué a evangelizar más agresivamente que nunca!

Mi padre cedió a las presiones de sus amigos y me sacó de la escuela, pero la misionera y otros cristianos le pidieron insistentemente que me permitiera regresar. De nuevo consultó el Corán y accedió a mi reingreso. Progresé mucho en los estudios. A la edad de dieciocho años fui bautizado y le escribí lo siguiente a mi padre: «He hallado el gozo y la felicidad que quería en Jesucristo». Al regresar de vacaciones a Taft, encontré mucha hostilidad, y hasta mi propia familia me consideró impuro, aunque siguieron siendo amorosos y hospitalarios. Asumí más responsabilidades en la iglesia en Isfaján: leía los pasajes

bíblicos, escribía y traducía himnos, etcétera. Nunca olvidaré el gozo y el celo inocente de aquellos días.

Cuando terminé la secundaria en Isfaján, la diócesis me envió a Teherán para hacer estudios superiores, pensando que en un futuro no lejano yo entraría al ministerio. Me encontré en un ambiente secular dominado por la filosofía y la sociología. Anteriormente, mi fe sencilla había sido sacudida al estudiar sicología en el último año de la secundaria; pero allí yo había tenido alrededor de mí a maestros cristianos sabios. Uno de ellos me había aconsejado que nunca dejara de orar y asistir a la iglesia, aunque a veces eso no pareciera tener sentido. Tomé muy en cuenta este buen consejo. Encontré apoyo en un cristiano en Teherán con el cual podía compartir mis problemas.

Luego de graduarme tuve que entrar al servicio militar. Luché sin éxito para ser eximido, porque como cristiano entendí que no podía participar en la guerra. Declaré mi fe cristiana y el capitán me reprendió severamente al enterarse de que yo había traicionado la religión islámica de mi padre. Después de un tiempo, ya ganaba un buen sueldo como teniente. Mi familia tenía esperanzas de que esto les ayudaría a mejorar su nivel de vida, pero yo recordé las palabras de Cristo: «Si alguno viene a mí y no me ama más que a su padre, a su madre [...] no puede ser mi discípulo» (Lucas 14.26, VP). Dios me había llamado al ministerio dentro de su iglesia, y yo no podía desobedecer la visión celestial.

Después de haber sido dado de baja en el ejército, tra-

bajé por dos años con los jóvenes y con un ministerio de literatura cristiana. Me sentía gozoso de poder servir a la iglesia, pero interiormente no tenía paz y me parecía que no progresaba como cristiano. Me enviaron a una conferencia mundial juvenil en Oslo (Noruega), y luego a continuar estudios en Europa. Me deleité en la belleza y la tranquilidad del estudio. Pero una vez pasada la emoción inicial volví a experimentar aquella inquietud de espíritu, esta vez más intensamente. Dentro de mí sentía más y más soledad. Culpaba a Dios por haberse llevado a mi madre en una edad tan temprana de mi vida, porque en lo profundo de mi ser sentía un vacío de amor: ansiaba ser amado por lo que era y no por lo que la gente quería que fuera. Era tan grande mi anhelo insatisfecho de percibir la cálida ternura de una madre y el acogedor abrazo de un padre, que el sólo pensar en ello me dejaba frío y desesperanzado. También culpaba a los que me habían separado de mi gente. Estas olas abrumadoras de autocompasión eran, en ocasiones, tan fuertes que se me hacían brotar las lágrimas, y al igual que Job, maldecía el día en que había nacido.

Parecía que nadie me comprendía, o si lo hacían, no eran capaces de ayudarme. Frases religiosas como: «Entrégate a Cristo», u «Ora que Él te dará paz», llegaron a ser para mi meros dichos que carecían de cualquier significado.

Estando en esta situación, me puse en contacto con un líder cristiano que había ayudado a muchos jóvenes a vencer sus dificultades. Me escuchó durante dos horas mientras yo, con lágrimas en los ojos, le abría mi cora-

zón. Sentía que me amaba y me comprendía y tenía certeza de que por medio de él podría ser aliviado. En una de nuestras charlas, me sugirió que leyera los Salmos y el libro de Job. La lectura de estos dos libros tuvo el mismo efecto sobre mis dificultades que el sol cuando derrite la nieve. A través de la experiencia de Job me encontré a mí mismo: «Está mi alma hastiada de mi vida; daré libre curso a mi queja... ¿Por qué escondes tu rostro y me cuentas por tu enemigo? ¿Quién me diera el saber dónde hallar a Dios!» (Job 10.1; 13.24; 23.3). Y al final me escuché decir junto con Job: «De oídas te había oído; más ahora mis ojos te ven. Por tanto, me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza» (Job 42.5-6).

¡Lo que yo necesitaba era el arrepentimiento! Arrepentirme de haberme considerado el centro del mundo. Entonces, me vi tal cual era: un monumento al egoísmo, la esencia del orgullo, un perfecto fariseo. Yo había ido a Europa para prepararme y llegar a ser el mejor líder en nuestra pequeña iglesia. Pero un fariseo no puede aprender: ¡siempre tiene que enseñar! Por la gracia de Dios, poco a poco llegué al punto donde pude, humillado, pedirle al Señor que tuviera compasión de mí, un miserable pecador.

Después de esto, todo fue diferente. Supe lo que verdaderamente es el pecado, y lo que le había costado a Dios perdonarnos por medio de la cruz de Jesucristo. Al empezar a comprender el amor de Dios, fui recibiendo sanidad. Toda la preocupación, la tensión y la intranquilidad empezaron a desvanecerse. Incluso encontré que dormía mejor. Ya las personas no fueron más objetos difi-

ciles de soportar, sino prójimos interesantes y dignos de ser amados que, como yo, habían sido objeto del amor divino.

8

¿Cómo puedo reconciliarme con un Dios santo?

Natanael Idarous

Zanzíbar

DESDE QUE YO TENÍA cinco años de edad, empezaron a enseñarme a leer el Corán en árabe. Luego fui un estudiante tímido que luchaba para llegar a ser un maestro del islam en una región que ha producido grandes eruditos de la religión musulmana. Estudiaba rodeado de grandes torres de mezquitas desde donde resonaban las voces melodiosas de los muezines, en un ambiente donde no se permitían las dudas. Dichosamente mi tutor era un pariente cercano, y yo pertenecía a una familia *sharif* (supuestamente descendiente de Mahoma); por lo tanto, disfrutaba de una posición privilegiada entre los musulmanes sunnitas.

Estuve detenido por catorce meses a causa de mi ideo-

logía política durante la revolución que derrocó al gobierno árabe del sultán en Zanzíbar. Junto con otras quince personas permanecí encerrado en una celda de un metro cuadrado de superficie. Fue allí donde, en una clara y fresca mañana, con la lluvia goteando por el cielorraso de mi celda, desperté y descubrí un librito al lado de mi manta. Ese fue mi primer encuentro con el Nuevo Testamento. Como ninguno de los otros prisioneros admitía ser su dueño, supuse que algún visitante de la Cruz Roja lo había colocado allí. Para mí fue un maravilloso compañero en las horas del día que pasábamos fuera de la celda. Lo leía diariamente, aún siendo musulmán, y cuanto más lo profundizaba, más me apegaba a él.

Entonces me encontré frente a una pregunta que resulta muy difícil para los musulmanes: «¿Cómo puede haber un solo Dios y existir la Trinidad?» Aunque no me sentía capacitado para ello, decidí estudiar cómo fue la obra poderosa de Cristo y hasta qué punto Mahoma reclamó para sí el título de profeta. Yo no estaba dispuesto a dudar del contenido de la Biblia ni a creer, como los musulmanes, que los cristianos habían adulterado el libro de Dios. No tenía a nadie que me pudiera ayudar, pues el único cristiano en ese lugar era el alcaide de la cárcel. Pero, por la gracia del Señor, inmediatamente después de recibir mi libertad, tuve oportunidad de pedir unos cursos bíblicos por correspondencia procedentes de la ciudad de Dar es Salaam. Continué haciendo esos estudios, mientras en las noches recibía enseñanzas sobre el islam.

Fue durante ese tiempo que recibí una mayor comprensión de la verdad de Dios, y finalmente obtuve el don

de la salvación por medio de la fe en la sangre redentora de Jesucristo. Esta decisión la tomé con la clara guía de Dios. Si escribiera todas mis experiencias, llenaría tomos enteros. Muchas veces es más fácil acercarse a la gente con el mensaje de Dios en tiempos de adversidad; pero yo me hice cristiano cuando, hablando en términos mundanos, vivía lo más contento.

Mi conversión era evidencia de que, por la gracia de Dios, había podido librarme de las ataduras que me impedían conocerlo. La Biblia jugó un papel fundamental en esto. Desde el principio me habían tocado dos versículos de las epístolas. Uno, el anuncio: «Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres» (Tito 2.11). El otro, un desafío: «¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?» (Hebreos 2.3).

Leí varios libros que me regalaron y que procedían de distintas denominaciones. Pero decidí que sólo la Biblia tenía la respuesta para mis inquietudes, y poco a poco perdí el interés en los otros libros. El director del Instituto Bíblico por Correspondencia me regaló una Biblia en un momento muy propicio, y él mismo me presentó luego ante una comunidad cristiana.

En la Biblia aprendí que soy un pecador y que todo el mundo nace con una naturaleza pecaminosa; me di cuenta que éste es el problema más grande de la humanidad. En 1 Juan 1.5-6 leemos: «Dios es luz y no hay ningunas tinieblas en El. Si decimos que tenemos comunión con El y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la

verdad». Aquí vemos que todas las personas son pecadores que caminan en la oscuridad; pero Dios es la luz, totalmente diferente de la humanidad. No sólo eso, sino que así como la luz y las tinieblas no pueden convivir, tampoco pueden hacerlo Dios y el pecado. ¿Cómo puedo yo, un pecador condenado a muerte, ser reconciliado con un Dios santo? ¿Cómo podrán ser perdonados mis pecados para lograr la comunión con El? «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores» (1 Timoteo 1.15). Este mismo hombre Jesús, a quien yo inicialmente había tomado por profeta inferior a Mahoma, resultó ser el Salvador que vino al mundo para solucionar nuestro más grave problema.

Fue difícil profesar mi fe en Cristo entre los musulmanes fundamentalistas de Zanzíbar. Yo sabía que mi madre estaría muy desilusionada, porque para ella el hecho de pertenecer a la comunidad sharif era un precioso don de Alá. Mi hermano mayor tenía fuertes convicciones marxista-leninistas, y esto le causaba a ella gran dolor; y para peor, ocurrió lo de mi detención. Su único consuelo sería mi excarcelación, y que yo siguiera fiel a la fe que ella me había enseñado.

El primero en notar que yo no asistía a la mezquita, que leía con frecuencia la Biblia y que iba los domingos a la iglesia fue un amigo íntimo. Se me convocó a una reunión familiar para discutir el asunto. Yo reafirmé mi amor por la familia e insistí en que, si objetaban mi fe cristiana, debían considerar el asunto a la luz de los motivos que yo había tenido para convertirme y de la verdad en que fun-

damentaba mi comportamiento. En vez de eso, decidieron preparar con la bendición del jeque, un brebaje que supuestamente tendría poder para cambiar mi actitud. Yo no podía rehusarlo, ya que me lo daría mi madre.

Al mismo tiempo recibí cartas de amigos cristianos que me aconsejaban que no tuviera miedo de proclamar el nombre del Salvador. Respondiendo a una invitación de unos misioneros, fui a pasar dos semanas en Dar es Salaam. Quería ser bautizado allí, pero los ancianos de la iglesia no aceptaban que me bautizara sin recibir primero una extensa preparación. Tanto allí, como en Kenya, país que visité poco después, disfruté del grato compañerismo cristiano de los creyentes africanos y europeos. Luego fui a Aden, ciudad natal de mi padre. Era una época de gran tensión, y como vivía entre musulmanes, rara vez podía reunirme con otros cristianos. Pasó un año antes de que se me permitiera bautizarme. Yo insistí en que fuera por inmersión, cosa que presentó dificultades en esa época turbulenta. En respuesta a mis oraciones, fui bautizado a la orilla del mar como símbolo de la muerte, sepultura y resurrección de Cristo haciéndose realidad en mí, y de mi nacimiento a una nueva vida.

Ahora mi alma ha llegado a una perfecta paz, repleta de amor por Jesucristo y me regocijo día y noche en mi redención por su sangre. Es mi deseo sincero que todo hombre, mujer, niña o niño, puedan encontrar el camino de la salvación y saborear la dulzura del gozo en Cristo Jesús.

9

Pastor de todo el pueblo

Tiyamiyu Akinlade

Nigeria

EL PADRE DE TIYAMIYU AKINLADE encabezaba un grupo familiar musulmán importante en su pueblo. Cuando Tiyamiyu era un niño pequeño fue enviado a estudiar en la tradicional escuela coránica bajo el maestro más sabio del pueblo. Su padre declaró que jamás asistiría a la escuela primaria corriente. Sin embargo, cuatro años más tarde, cuando se había ausentado en viaje de negocios, otros familiares permitieron que Tiyamiyu asistiera a esa escuela. Al regresar su padre, no le quedó más que aceptar lo sucedido. Pero el niño siguió yendo a la escuela coránica todas las noches después de la escuela diurna.

Al cumplir los catorce años, ya conocía bien los principales argumentos anticristianos. En su Biblia había

marcado los textos donde aparece Moisés dando instrucciones con respecto a los ritos de purificación y el relato de cómo Jesús lavó los pies de sus discípulos, además de la cita que dice que Esdras sirvió como muezín llamando a su gente a la oración. Con estos versículos atacaba a los cristianos, alegando que deberían practicar la purificación y la oración ritual como lo hacían los musulmanes.

Sin embargo, el obrero cristiano que servía en la iglesia local entabló amistad con el padre de Tiyamiyu, y el muchacho comenzó a jugar con los niños que vivían en la casa de la misión, observando todo lo que allí sucedía. Se fijó cómo el misionero se preocupaba por todos los que llegaban, cómo conversaba con ellos, los entretenía, les preguntaba por su salud y les ofrecía ayuda. En cambio, Tiyamiyu veía que las personas que buscaban a su maestro coránico iban a pedir remedios mágicos. En ocasiones, solicitaban protección contra algún mal, otras veces querían hacer daño a otros con la magia. Tiyamiyu sentía que lo que le interesaba al maestro era hacer dinero, y que se preocupaba muy poco por el bienestar de la gente.

Entonces Tiyamiyu empezó a pensar más y más en el mensaje de Cristo. Comenzó a amar la Biblia. Pronto quiso ser cristiano; pero no se atrevía a hablar del tema con su padre. Se las arregló para pasar un año en otro lugar junto con un amigo cristiano. Una vez de vuelta a su hogar, fue nombrado maestro en una escuela primaria musulmana. Allí tenía que repetir oraciones islámicas y asistir a la mezquita, en cuerpo pero no en espíritu. No se atrevía a ir a la iglesia de su pueblo los domingos, sino que visitaba a un familiar cristiano a varios kilómetros de

distancia para congregarse con él. Pidió el bautismo al ministro de esa iglesia, y poco después de cumplir los diecinueve años fue bautizado en secreto, cambiando su nombre de Tiyamiyu por el de Timoteo.

Su padre se enteró pronto y convocó a la familia a una reunión, anunciando que el viernes siguiente llevaría a Timoteo a la mezquita para lavarle el bautismo y hacerlo musulmán de nuevo. El joven escuchó la conversación con mansedumbre, y por fin pudo exponer su punto de vista: «¿No es cierto que sus padres eran paganos antes de hacerse ustedes musulmanes? ¿Acaso a ustedes los obligaron a seguir siendo paganos? Ellos les permitieron convertirse al islam porque ustedes creían que era lo correcto. Si ustedes me obligan a ser musulmán cuando mi corazón me dice que siga a Jesucristo, ¿no sería eso un pecado de su parte?»

La familia estaba molesta, pero aceptó que la decisión del joven era inevitable. Este obtuvo un empleo como maestro, empezó a recibir educación cristiana y, finalmente, se graduó en el Colegio Teológico Emanuel en Ibadán. Ya sus allegados estaban más o menos reconciliados con él, podían visitar su hogar, pero no se le permitía hablar una sola palabra acerca de su fe cristiana con ningún miembro de su familia. También tenía que contribuir con dinero para la celebración de ciertos festivales musulmanes.

Después de muchos esfuerzos persuasivos, Timoteo logró que su padre fuera a presenciar su ordenación al ministerio. El joven leyó el evangelio y luego ayudó a

servir los elementos en la Santa Cena. Su padre le preguntó después:

—¿Qué era lo que estaban repartiendo?

El replicó:

—No puedo explicártelo ahora, pero oraré para que un día puedas participar.

Esa era la primera vez que su padre asistía a un culto cristiano. De alguna manera, Dios le habló en aquella ocasión y él vio allí Su gloria, porque a la siguiente semana manifestó:

—Voy a ir a la iglesia contigo.

Desde ese momento en adelante, empezó a decirle a todo el mundo que era seguidor de Jesucristo. Varios jóvenes de la familia también lo han hecho, pero hasta el día de hoy la mamá de Timoteo sigue siendo devota musulmana. Cuando visita a su hijo, lo primero que le pregunta es: «¿Habrá un lugar donde pueda hacer mis oraciones?»

Durante los primeros años después de su conversión, Timoteo no quería saber nada del islam. Para él era simplemente la religión que había rechazado. Cerró su mente a ella. ¿Para qué molestarse con algo así? Por esto, se sorprendió cuando al final de su curso de teología, se le pidió que asistiera a un curso de cuatro meses sobre estudios islámicos. Allí no sólo aprendió a leer y a traducir algunas de las partes del Corán, sino que también llegó a comprender mejor al islamismo y a sus seguidores.

Cuando empezó a servir como ministro en su primera iglesia, la encontró envuelta en una amarga controversia.

Sin embargo, con paciencia, logró que los miembros se reconciliaran. Desde el comienzo mostró que estaba tan interesado en los musulmanes del pequeño pueblo como en los cristianos. Los musulmanes sabían que era un convertido, por lo que se mostraban desconfiados y a la defensiva. Sabiamente, él no discutía el islam, sino que los visitaba al igual que a los cristianos, dedicándose a todo lo que promoviera el bienestar de la comunidad.

Con pala en mano, ayudó en la construcción de la carretera, apoyó la fundación de una maternidad para que la gente no tuviera que caminar trece kilómetros hasta el hospital más próximo. Impulsó un proyecto de cría de peces para dar empleo a los jóvenes. Visitaba regularmente al jeque y a sus consejeros en el palacio. La gente empezó a decir: *«Este no es sólo el pastor de los cristianos, sino el pastor de todo el pueblo»*. Sin embargo, él no participaba en ceremonias islámicas en las que posiblemente tendría que comprometer su fe.

—Tú sabes recitar la Fatiha. ¡Repítelo con nosotros!
—le decían a veces los musulmanes.

Pero él, discretamente, les respondía:

—Por favor, discutamos eso en otra ocasión.

Cierta vez, un nuevo jeque asumió el trono. Como era musulmán, pronto emprendió la peregrinación a La Meca. Mientras permaneció allí, los islamitas más fanáticos del pueblo se dedicaron a atacar a los paganos, entrando en sus casas y destruyendo sus ídolos. Los jeques anteriores habían permitido las ceremonias paganas tradicionales, pero la meta de los fanáticos era que el nuevo

jeque practicara un islam puro: no dejarían ni rastros del paganismo, para que no tuviera con quien transar. Creían que así los paganos se verían obligados a aceptar el islam. ¡Pero sucedió algo muy diferente! Al final, fue un gozo para los cristianos y la gloria para el nombre de Jesucristo. Los paganos, perseguidos por los musulmanes, jamás aceptarían el islam: empezaron más bien a llegar, en pequeños grupos, a la iglesia cristiana. Ese año fueron bautizados veintiséis adultos: cinco musulmanes y veintiún paganos. Citando un proverbio, los musulmanes decían: «¡Nosotros vaciamos la laguna, pero los cristianos tomaron los peces!»

Después de eso, Timoteo sirvió con el proyecto «Islam en Africa» antes de cursar estudios universitarios sobre el islam. Dispone de un temperamento feliz, cálido y optimista. Es amante de la música y del drama, y los utiliza al servicio del evangelio. Anima a los musulmanes a explicar su punto de vista religioso, ya que desea primero comprender a las personas. Por eso las escucha pacientemente. Cuando llega el momento de testificar sobre Cristo, sabe cómo tranquilizar a su oyente, hablándole con claridad pero sin ofender. Recomienda conversar calmadamente con uno o dos musulmanes, en lugar de organizar reuniones masivas. Actualmente, ciertos cristianos cuestionan si deben testificar a los musulmanes o no.

¡Timoteo es una respuesta viviente a esa pregunta!

10

El dador de la paz

Qamar Zea

India

CUANDO YO TENÍA más o menos diecisiete años estaba en el octavo curso en una escuela pública al sur de la India. Luego, tuve que abandonarla por un tiempo a causa de la enfermedad de mi padre. Después me enviaron a estudiar a una escuela cristiana cerca de mi casa. Desde el momento en que entré allí, fijé mis ojos en una maestra cristiana que era diferente de todas las demás personas que yo había conocido. Observé su forma cariñosa de hablar, su amabilidad para con todos los estudiantes y su gran dedicación a su trabajo. Su vida me impresionó tanto que quedé un poco confundida. ¿Cómo es posible que alguien sea así? Me lo preguntaba una y otra vez. Después me di cuenta que era porque el Espíritu de Dios estaba en ella.

En esa escuela empecé a analizar la Biblia. Dos días a la semana estudiábamos el Antiguo Testamento y otros dos, el Nuevo. Un día estábamos memorizando pasajes bíblicos y muchas canciones. Al principio yo no estudiaba con ganas; más bien lo hacía con indiferencia. Había escuchado que a los cristianos se les llamaba «blasfemos» y ni siquiera me gustaba tocar su libro.

En cierta ocasión estábamos leyendo el capítulo 53 de Isaías y memorizando algunos pasajes, cosa muy difícil para mí. Fue durante el estudio de este capítulo que Dios, por su gracia, me mostró que en ese libro había vida y poder. Entonces empecé a darme cuenta de que Jesús vive para siempre. Así, el Señor puso fe en mi corazón y creí en Jesús como mi Salvador y el perdonador de mis pecados. Solamente El podía salvarme de la muerte eterna. En ese momento empecé a darme cuenta de cuán pecadora era. Hasta entonces, había pensado que mis buenas obras me salvarían.

Un poder de vida empezó a obrar en mí. Cuando Satanás intentaba atrapar me con sus cadenas y redes, yo podía resistirlo leyendo el Nuevo Testamento y confiando en Cristo. Pero, por causa del Señor tuve que abandonar mi casa y mis seres queridos. El me llevó a unos amigos cristianos que me dieron un hogar. Después de algún tiempo fui bautizada. Entonces, con plena fe, pude decir que Jesucristo es el dador de la salvación y la paz. Tal paz no la puede dar el mundo, es un don de Dios».

Hasta aquí, una breve historia personal escrita por la misma Qamar Zea.

Más adelante, ella llegó a Karachi con su familia, procedente del sur de la India, al poco tiempo de la partición de este país. Un amigo suyo le había escrito a una obrera cristiana, que la buscó y quedó sorprendida por su encanto y belleza. En el poco tiempo que pudieron conversar en privado, Qamar pidió a la misionera que a la noche le trajera un Nuevo Testamento. Luego, ella se fue de Karachi por un tiempo, y no se volvieron a ver sino hasta después de siete años. Fue entonces que Qamar, tras abandonar a su hogar, la buscó pues estaban planeando casarla. Ese pequeño Nuevo Testamento, leído en secreto, había mantenido viva su fe sin la ayuda de ningún ser humano. Sus familiares la siguieron para razonar con ella, y consiguieron que volviera para visitar a su madre por unos días.

Al regresar con la misionera, fue enviada al norte, a Sahiwal en el Punjab, a vivir en el hogar de enfermeras del hospital cristiano. Allí disfrutó del feliz compañerismo de otras chicas cristianas y se preparó para su bautismo, después del cual cambió su nombre por el de Ester. Ella participaba de lleno en la vida del hospital, y se regocijaba cuando podía hacerle el favor más sencillo a otros o colaborar con el evangelismo.

Más tarde fue al Centro Unido de Entrenamiento Bíblico en Gujranwala. Allí resultó ser una estudiante apta, de mente inquisidora, que no quedaba satisfecha con soluciones superficiales. Logró obtener un discernimiento y un dominio de las Escrituras que avergonzarían a muchos cristianos maduros. Amaba la Biblia y aún antes de su bautismo había declarado: «Siento que Dios quiere

que yo sea maestra de la Biblia. Este libro tiene gran poder. Quiero que haga por otros lo que ha hecho por mí». Durante unas vacaciones de verano en Sahiwal pasó por una enfermedad grave, lo que constituyó una gran prueba para ella. Dios le dio la victoria después de muchas lágrimas y dudas, y su salud fue completamente restaurada.

Completado su curso, se trasladó a un pequeño pueblo llamado Chichawatni. Allí una misionera la invitó a vivir en su casa y a trabajar con ella. Así que se instaló felizmente en su nuevo hogar, en una propiedad con abundante agua y sombra, en medio de árboles en flor. Solía decir: «Chichawatni es mi precioso hogar». Adoptó la vestimenta de la zona, que consistía en pantalones sueltos, en lugar del *sari* indio y luchó por aprender el idioma punjabi, aunque nunca logró dominarlo cabalmente. Había comenzado a andar en bicicleta, lo que no es muy común entre las mujeres de Paquistán, y cuando ella y una señora de edad avanzada salían pedaleando a visitar algún pueblo o aldea vecina, muchos curiosos se daban vuelta para mirarlas.

Con esta señora entraban a hogares musulmanes en los cuales, según la costumbre, las mujeres pasaban recluidas la mayor parte de sus vidas. Pronto reconocieron que ella venía de una familia musulmana y alguien le dijo una vez: «¡En tu rostro aún se refleja la luz del santo profeta Mahoma!» Pero cuando Ester comenzaba a contar su historia y a hablar de Jesús el Mesías, la admiración se tornaba en confusión y hostilidad. Con frecuencia le preguntaban: «¿Cómo pudiste hacerlo?», a lo que ella respondía: «La gracia de Dios estaba sobre mí.» Entonces,

con historias, dibujos, y cánticos, les contaba las buenas nuevas de Jesucristo, y a menudo las personas escuchaban fascinadas. A veces se burlaban de ella y la rechazaban, pero eso no la desanimaba.

Cuando al pasar el verano caluroso entraba el fresco invierno, ella iba con los misioneros a sus campamentos en los pueblos. Se quedaban por cinco o seis días en un lugar impartiendo enseñanza bíblica básica a la pequeña congregación compuesta por gente pobre y mayormente analfabeta. Ester se deleitaba, identificándose con ellos y acompañando sus cánticos con el ritmo de su tambor. Se unía a los cosechadores de algodón gozándose en la belleza del paisaje. Para Navidad estaban de vuelta en el pueblito y Ester se dedicaba a la preparación de los jóvenes para presentar un hermoso drama navideño.

Aquellos fueron días felices. Sin embargo, su familia le escribía frecuentemente, presionándola para que volviera al hogar. Ella preparó sus valijas con la intención de regresar a fin del año. Pero no sentía paz al respecto. Después de mucha oración se sentó y escribió una carta donde ponía dos condiciones para regresar: que le permitieran vivir como cristiana y que no la obligaran a casarse. La envió por correo certificado, pero la respuesta nunca llegó. Se fue por otro mes a acampar con sus amigos cristianos, y regresó luego con ellos a Chichawatni, pues los pastores y evangelistas de la región iban a celebrar su reunión mensual. Esa noche se encontraba ocupada en su habitación, puliendo las ollas y cantando alegremente. Tenía un leve resfrío, por lo que se acostó temprano. La casa estaba llena de visitas. Sin embargo,

de alguna manera un enemigo logró entrar mientras todos dormían.

Por la mañana, ella no salió. La encontraron muerta en su cama, con el cráneo destrozado por algún instrumento pesado y cortante. Fue enterrada en el cementerio cristiano de Sahiwal. Musulmanes y cristianos asistieron al servicio fúnebre en el que repitieron las palabras triunfantes de: «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida». La policía allanó la casa y estudió cuidadosamente todos sus libros y cartas, buscando alguna pista, quizá una nota de un pretendiente desilusionado. Su informe final al dueño de casa fue: «Señor, no hemos encontrado ninguna pista. Ella estaba enamorada solamente de su Cristo».

Una hermosa capilla en el terreno del hospital cristiano de Sahiwal, para el uso del personal y los pacientes, es un tributo propicio a su memoria.

11

Un despertar total

Razzaq Barakat Ullah

Mauricio

MIS PADRES ERAN de la India pero vivían en Mauricio, un estado insular del océano Indico. Como musulmanes fieles, obedecían al pie de la letra la ley islámica. Yo aprendí siendo niño a leer y escribir en el idioma urdu y a leer el Corán (aunque sin comprenderlo), y luego estudié en una escuela secundaria musulmana. Allí se ponía mucho énfasis sobre la historia, la cultura, y la teología del islam. Yo cumplía con los requisitos de mi religión, pero poco a poco llegué a cuestionar su importancia.

Me habían enseñado que no podría ganarme el paraíso en la vida venidera si no cumplía con estas obligaciones, y estaba preocupado por saber si obtendría la gracia de Alá o su desaprobación. Mi alma anhelaba un consuelo

que ni las oraciones, ni los ayunos, ni la lectura del Corán me proporcionaban. Decidí indagar hasta lo más profundo del islam, más allá de las tradiciones, y el único medio que había para eso era el estudio exhaustivo del Corán. Entonces, empecé a leerlo en una versión francesa.

Todos los musulmanes creen que la prueba del origen divino del Corán estriba en su inigualable belleza. Yo había sentido esta belleza al escucharlo de los lectores profesionales en la mezquita, o por la radio. Pero al leerlo en francés, me encontré confundido y desilusionado por el contenido, pues parecía estar lleno de contradicciones y duras amenazas. Mi fe fue sacudida aún más al leer la sura 33 que relata cómo Mahoma, teniendo ya nueve esposas, recibió una revelación especial que lo indujo a casarse con la mujer de Zaid, su hijo adoptivo. Aparentemente, a él se le aplicaba una norma diferente de la que se exigía a los demás creyentes.

A la edad de dieciséis años reflexioné sobre estos pasajes, y esto me llevó a vivir muchos meses de dudas durante los cuales me sumí en un doloroso autoexamen. Sin negar la belleza del Corán en el idioma árabe, vi que esto no constituía evidencia suficiente para comprobar su origen divino. También pensé en la victoria del islam: ¡ciertamente Alá estaba con ellos! Pero en los últimos cincuenta años, el comunismo también había logrado dominar las vidas de una tercera parte de la humanidad, y no podían evidentemente contar con la aprobación de Alá. Así que mientras el debate continuaba en mi mente, abandoné el ayuno y las oraciones, con excepción de las de los viernes, en las que mi padre insistía mucho.

Algunos meses después estaba sentado al lado de mi padre en la mezquita, reflexionando: «¿Existen el paraíso y el infierno? ¿Hay vida después de la muerte, o al morir somos sencillamente eliminados?» Entonces, reflexioné que la mejor manera de servir a Alá es sirviendo al prójimo. Por eso, en ese instante decidí dedicar mi vida a aliviar el sufrimiento de otros por medio de la medicina. Me di cuenta de que esto requeriría mucho sacrificio y abnegación, y encontré en mí el mismo egocentrismo y la misma codicia que veía en los demás. Siempre sentía cierta ansiedad por el futuro: ¿Habría fracaso o éxito en mi vida? ¿O estaría siempre atrapado en la mediocridad? Además, sufría de un complejo de inferioridad y un serio tartamudeo; por eso, estudié mucho para comprobar quién era y demostrarme a mí mismo que podía superar a mis compañeros.

Pensé que si podía obtener las mejores notas en los exámenes preliminares, estaría satisfecho. Pero al lograrlas, no experimenté la satisfacción y el gozo que había esperado. Aconteció lo mismo con los exámenes finales, cuando supuse que alcanzaría la felicidad viajando al extranjero. Sería estudiante universitario, tendría mucho dinero y manejaría mi propia vida.

Al salir de casa, me sentí triste porque dejaba a mis padres, pero a la vez estaba lleno de esperanza. Ya en Europa, con el clima húmedo y frío, la dificultad de encontrar alojamiento y lo extraño de mi nuevo ambiente, pronto desapareció la emoción de estar en un lugar distinto. No tenía a nadie a quién acudir. Asistía a clases en salas enormes junto con cientos de estudiantes más. Todo

era muy impersonal. Estaba solo todo el tiempo, desesperadamente solo en medio de una multitud activa y bulliosa. Busqué amistades y compañerismo y sólo encontré buenos modales. Me hallaba tan deprimido que fui a hablar con el rector y le dije que quería abandonar la medicina. El me aconsejó que no tomara una decisión muy a la ligera, pues el primer año suele ser deprimente. Así que continué, pero siempre cuestionándome: ¿Alcanzaré algún día la paz y la serenidad? ¿O será que la felicidad es mera ilusión?

Con estos pensamientos en mente, me topé una mañana con un joven cristiano fuera del aula donde se dictaban las clases. Al conocernos mejor, comenzamos a reunirnos para conversar sobre política y otros aspectos de la vida. Su actitud, dominada por una fe viva en Dios, era positiva y confiada. Los demás vivían solamente para los fines de semana, y a mí me escandalizaba y repugnaba el lenguaje subido de tono con que contaban lo que habían hecho. Gran parte del tiempo lo pasaban en la cama, y el resto en borracheras y con mujeres, por lo que al llegar el lunes se sentían enfermos. Yo pensaba: «¡Qué caricatura de lo que la vida debería ser!» Pero mi propia conducta no era mucho mejor; no sabía cómo tener una vida plena y profunda.

Cierta vez, este muchacho me presentó al grupo de jóvenes de su iglesia, y de nuevo me impresioné al ver cuán alegres y diferentes eran. Al preguntarle a uno de ellos el porqué de esa alegría, me dijo que la diferencia estaba en que ellos tenían a Jesucristo como Salvador y Señor. Yo no tenía idea de lo que esto significaba. Además, me pa-

recía extraño que personas sensatas creyeran que Dios pudiera tener un Hijo, Jesucristo, al igual que los seres humanos. Pero eso despertó mi curiosidad por la fe cristiana. Mi amigo me regaló un Nuevo Testamento en una versión antigua y encontré su lectura difícil e irritante a causa de los arcaísmos y palabras poco conocidas. Así que después de algunos capítulos, la abandoné.

Un sábado asistí a una reunión organizada por la sociedad juvenil. No recuerdo mucho del mensaje, pero me dieron un librito llamado *La médula del cristianismo*. Al regresar a casa lo empecé a leer. El autor explicaba la rebeldía del hombre contra Dios que nos ha alejado a tal extremo, que no podemos hacer nada para ponernos bien con El. Nuestra relación llega a depender de la ley y no del amor. Dios no podía reconciliarnos con El por la fuerza, porque quiere tener hijos que sean humanos y no robots.

Tampoco podía olvidarse de nuestra rebelión ni dejarnos simplemente perecer, porque nos ama a cada uno de nosotros. Al encontrarse ante este dilema Dios hizo algo inimaginable, que era la única solución. En la persona de un hombre, Jesús de Nazaret, El mismo descendió a la humanidad, se identificó totalmente con el hombre y permitió que el pecado de hombres y mujeres prevaleciera contra El. Al ser ejecutado como un criminal cualquiera por cargos falsos, soportó las terribles consecuencias de nuestra maldad. Al hacerlo, Dios demostró de una vez por todas su tremendo amor por la gente y su juicio contra el pecado. En la persona de Jesús nos ofrece perdón y nos invita a reconciliarnos con El. «Ahora», preguntaba

el autor, «¿cuál es tu respuesta a este amor? ¿Cómo te sentirías tú si alguien rechazara el amor y el cuidado que tú le estás ofreciendo?»

Mentalmente repasé los últimos años de mi vida y reconocí que el amor de Dios y su mano habían estado guiándome. Dios había respondido a mis oraciones en momentos difíciles, pero yo me había olvidado pronto de El. Recordé mi oposición a Jesucristo y cómo en una ocasión había tomado el pan y el vino, burlándome de la Cena del Señor. Aun así, El había seguido amándome y cuidándome; no tuve otra opción que arrodillarme y pedirle perdón.

Después de una noche bastante agitada fui a la iglesia, pues era domingo. Estaba pensando mucho en cuál sería la actitud de mis padres por la deshonra que mi conversión traería a la familia. ¿Cómo podía hacerles esto a ellos, a quienes amaba tanto? ¿Qué ocurriría con mi carrera, ya que dependía de mi padre para cada centavo? Mis amigos cristianos me dijeron que debía echar toda mi ansiedad sobre Cristo, quien me daría fuerzas; pero ellos no comprendían la naturaleza de mi problema.

Sin embargo, aprendí poco a poco lo que significa tener fe en Dios y llegué a ser más valiente para testificar a medida que experimentaba su gracia en Cristo, de manera que todos mis compatriotas en la ciudad supieron de mi conversión. Pronto empecé a hacerme muchas preguntas acerca de la fe: la confiabilidad del Nuevo Testamento, el significado del hecho de que Jesús fuera el Hijo de Dios, y de su muerte, la Trinidad, etcétera. Tenía que

convencerme de que el cristianismo era razonable, no había cabida para la pereza mental. Debía tratar de comprender la fe y su relación con la vida en el mundo moderno.

Me hice cristiano porque me encontré frente al amor de Dios en la persona de Cristo. Lo que viví después de eso, y lo que sigo experimentando, es mucho más de lo que jamás había esperado o soñado. He llegado a conocer a Dios como el Padre que me ama y cuida de mí, no sólo por lo que Jesús enseñó, sino también por la forma en que trató a personas difíciles de amar, como a Zaqueo (Lucas 19) y la mujer samaritana (Juan 4).

Entonces, comencé a buscar la voluntad de Dios y a tratar de cumplirla por su poderosa gracia. Oro no sólo para obtener algo, sino porque la comunión con Dios es dulce, refrescante y renovadora. Aprendí a aceptarme a mí mismo tal como soy, porque tengo la seguridad de que Dios me ama y me acepta así como soy. Esto me ha permitido iniciarme en la emocionante experiencia de descubrir quién soy yo. Ciertas habilidades y capacidades, de cuya existencia sólo había sospechado, salieron a la luz y dieron fruto. Desapareció mi complejo de inferioridad y mi tartamudeo se hizo apenas perceptible.

Para mí la conversión ha sido un despertar total: espiritual, emocional e intelectual. He entablado muchas amistades profundas y satisfactorias. Antes, al vivir rodeado de europeos y africanos, estaba muy consciente de mi raza y color; pero ahora, estando entre cristianos de cualquier raza, no me fijo en eso. Este compañerismo es

algo tan maravilloso que siempre busqué su causa. Encontré la respuesta con el apóstol San Pablo en Efesios 2.11-16: «Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque El es nuestra paz». Por eso, cuando yo conozco a un cristiano que toma en serio su cristianismo, siento de inmediato un lazo de comunión con él, sea cual sea su raza o su educación.

Bajo el señorío de Cristo estoy aprendiendo el significado de la vida y el secreto de la felicidad, la seguridad de que en medio de los altibajos de la vida cotidiana, siempre puedo apoyarme en el amor y la protección inmutables del Dios todopoderoso. Al éxito y al fracaso los percibo por igual en la perspectiva de su amor infinito. Ahora no miro hacia el futuro con ansiedad sino con esperanza, y esto da emoción y espontaneidad a mi vida.

12

Era todo lo que había soñado

Maryam

Indonesia

NORMALMENTE UNA PERSONA se siente atraída por una fe o un estilo determinado de vida porque tiene algún conocimiento al respecto, aun cuando ese conocimiento sea limitado. Pero mi experiencia fue muy diferente. Me sentiría muy avergonzada si tuviera que hablar de toda la maldad que existía en mi corazón. Pero al escribir esto veo como un espejo que refleja mi propia vida, y quiero decir que no recibí el señorío de Dios y la gracia de la salvación por haberlos comprendido, sino por la grandeza de su poder.

Como musulmana de nacimiento, hacía todo lo posible para cumplir con los requisitos del islam. Esto para mí era muy natural, puesto que todos mis antepasados habían sido creyentes en esa fe, que les exigía enseñar a sus

descendientes a seguir el mismo camino. Quizá el lector se pregunte si yo conocía bien el islam y si tenía la seguridad de que mi religión me traería la salvación eterna. La respuesta es: ¡no!

Yo veía que las enseñanzas musulmanas eran buenas: de hecho, en cierto sentido, no difieren mucho de lo que predicaba Jesucristo. En el Corán, por ejemplo, tenemos instrucciones para nuestro comportamiento similares a los que se encuentran en el Sermón del Monte. Pero yo estaba insegura acerca de cuál sería el resultado de todo lo que hacía como musulmana. Otra pregunta que me carcomía constantemente era por qué hacía todo lo que me decían. Tuve que admitir que, en realidad, era sólo porque me lo habían enseñado desde pequeña. Además, me parecía que a nadie le importaba si yo creía o no en mi religión. Seguramente que no soy la única persona en Indonesia que haya tenido esta experiencia. La mayoría en mi país cumple con sus obligaciones religiosas por la misma razón que lo hacía yo: por seguir la fe que recibieron de sus padres.

Me gustaría contarles cómo fui atraída a la fe cristiana, aunque es imposible explicarlo exactamente. Siempre me pregunto por qué me ocurrió a mí, pero obviamente se trataba de la iniciativa de Dios para que yo fuera salva. El proceso por el cual llegué a creer fue muy sencillo. Un señor que llevaba una Biblia vino a visitar a mi hermano, y mientras ellos conversaban, yo la comencé a hojear. Me gustó leerla y pude comprender algunas partes. Pero, el hombre se fue con su Biblia antes de que yo pudiera leer mucho en ella. Como me atraía tanto, y había disfrutado

realmente de su lectura, pedí otra prestada a un pastor. El quedó sorprendido porque sabía que yo era musulmana.

Después de leer y releer la Biblia varias veces, quise saber más acerca de los secretos que contenía. Me impactaron especialmente los libros de Génesis y San Mateo, y sentí un profundo deseo de poner en práctica lo que leía. Pero aún no tenía la valentía para contárselo a nadie, así que callé. No tenía un amigo a quien pedirle ayuda o hacerle preguntas con respecto a la vida de los cristianos. Yo era demasiado tímida para concurrir a la iglesia, ya que no sabía qué hacía la gente allí. Pero en mi corazón siempre anhelaba ir.

Por fin, me decidí a declarar mi fe. Empecé a asistir a las clases de religión cristiana en el colegio, aunque no comprendí mucho al principio. Todos los demás estudiantes eran cristianos, así que cuando iban a la iglesia yo los acompañaba. Este fue el punto de partida de mi dedicación: resolví formar parte de la comunión de los creyentes. Comencé a participar activamente en la congregación y a tener más valentía y ser más abierta y sincera con mi familia.

Aún quedaban muchos obstáculos por vencer, ya que después de enterarse de que yo había entrado a la comunidad cristiana, mis padres y otros familiares decidieron negarme el permiso para ser bautizada, aunque no dijeron nada acerca de mi asistencia a los cultos de la iglesia y de mis actividades en la misma. Yo no quería ofenderlos, y sabía que el bautismo no es el fundamento de nuestra salvación en Jesucristo, por lo que seguí participando

en la iglesia y teniendo muchas amistades cristianas. Durante cuatro años viví de esa manera. Cuanto más aprendía sobre el compañerismo cristiano, más me atraía. Eso era todo lo que yo había deseado desde antes de mi conversión.

Una Nochebuena pedí, muy decidida, que se me recibiera oficialmente en la comunión de los creyentes, por lo que fui bautizada a pesar de estar pasando por una época de gran persecución. Al entrar de lleno a esta comunión en Cristo, comencé a anhelar la misma vida que otros creyentes estaban experimentando. Ahora, me sentía muy feliz, con más paz, satisfacción y estabilidad, y empecé a comprender por qué había entrado a la vida cristiana. Probablemente no haya una sola razón que explique por qué mi relación con Dios hoy parece ser más estrecha que nunca, pero ahora tengo más paz y me he entregado más a Su plan para mi vida.

¿Acaso me siento orgullosa por tener la esperanza de haber sido aceptada como digna de presentarme ante Dios? ¿Acaso estoy orgullosa porque ahora comprendo que soy pecadora? ¡No, por supuesto que no! Pero deseo profundamente vivir en el amor de Jesucristo, como lo han hecho otros, porque lo que yo he sentido como cristiana es muy diferente de lo que había experimentado en el pasado. Siento la grandeza del amor de Dios. Dios ha respondido a mis oraciones. Esta es una revelación que me ha llegado a raíz de haber vivido en el amor de Jesucristo.

Mi gran preocupación es ayudar a los que todavía no

han escuchado las buenas nuevas de la salvación de Dios. Creo que no podemos darnos el lujo de despreocuparnos de aquellos que aún no lo conocen, ni han recibido la salvación basada en el amor de Cristo. Muchas personas creen conocer *a* Dios, pero en realidad sólo conocen acerca *de* Dios, y aún no son salvos. Sus corazones no se han abierto para recibir a Cristo, y eso es un asunto muy grave. Piensan que sus buenas obras bastan para complacer a Dios, pero no comprenden aún el verdadero significado de lo que han hecho, ni saben si acaso algún día entrarán al reino de los cielos. Debemos buscar la manera de ayudarlos para que conozcan verdaderamente a Dios por medio de Cristo.

13

Con Cristo vivo en plenitud

Talib Barwani

Zanzíbar

MIS ANTEPASADOS, que procedían del sultanato de Omán en la península de Arabia, se establecieron en Zanzíbar y se casaron con gente africana. Mis padres eran muy cariñosos conmigo; mi madre, en especial, era una devota musulmana. Me enviaron a la escuela coránica, y aprendí a leer el Corán en árabe (aunque sin comprender su significado), a rezar cinco veces al día, a ayunar durante el mes de ramadán y a dar limosna. Cuando era adolescente sentí deseos de viajar. Después de fugarme de casa un par de veces, logré llegar a Bombay en la India.

Partiendo de allí, di la vuelta al mundo, trabajando como grumete en un buque de carga. Regresé a mi casa, pero después de un año partí de nuevo hacia la India y el

golfo Pérsico. Fui después a Europa, donde traté de trabajar y estudiar, pero no pude cumplir mis intenciones y empecé a vivir una vida licenciosa. Hice todo lo que me dictaba el corazón, pero después de un tiempo encontré que nada me llenaba.

Un día estaba sentado en un café. Me hallaba totalmente decepcionado con mi estilo de vida. Entró alguien con unos panfletos acerca las Fuerzas Armadas. Yo sentí que para mí cualquier paso que diera sería bueno, siempre y cuando me alejara del estado en que me encontraba. Entonces ingresé en la Fuerza Aérea, y después de las pruebas de rigor y un entrenamiento básico en electrónica, fui enviado a Libia.

Allí disfrutaba de la vida y tenía muchos amigos. Uno de ellos se llamaba Juan, y con él solíamos ir a nadar o a caminar.

Una noche regresé a la carpa que compartíamos con tres compañeros más y vi a Juan arrodillado, orando. Esto realmente me tomó por sorpresa porque nunca había pensado en él como una persona religiosa. Me admiré de su valentía al arrodillarse y orar en una carpa llena de personas como nosotros. Apenas se puso de pie le pregunté por qué de repente se había vuelto tan religioso. Él dijo que no se trataba de ser religioso sino de tener a Jesucristo en su vida. Para mí todo esto era muy extraño, así que tuvo que aclarármelo. Me dijo que Jesús había venido al mundo para salvar a los pecadores y que había tomado nuestro lugar en la cruz, cargando sobre sí el castigo que nos merecíamos nosotros; y me explicó cómo

El ahora ofrece perdón y vida eterna a todo aquél que lo recibe por fe en su corazón.

Aunque yo no practicaba mi religión, creía en el islam. Creía que Jesús era un profeta como Abraham, Noé, y Moisés. Para mí, la idea de que El fuera el Hijo de Dios era una blasfemia. Yo criticaba a ciertos países que decían ser cristianos, y sin embargo, maltrataban a otros seres humanos en el nombre de Cristo. Esto lo contrastaba con la hermandad de los pueblos musulmanes que se extienden desde el Atlántico hasta la China. Lo que no sabía era que algunos cristianos estaban orando por mí.

Un día, aunque yo realmente no tenía interés, conocí a otro cristiano llamado Pedro, que tenía una Biblia abierta en sus manos. El era sargento pero lo noté algo diferente de los demás. Pedro me mostró cómo en el Antiguo Testamento se profetizaba sobre Cristo, y cómo en el Nuevo se señalaba que El había venido para cumplir esas profecías. Buscó el Apocalipsis y leyó: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno escucha mi voz y abre la puerta, yo entraré a él y cenaré con él, y él conmigo» (Apocalipsis 3.20). Estas palabras del Señor me penetraron el corazón. No obstante, todo lo que había creído acerca de que los cristianos habían alterado el Nuevo Testamento, yo sabía que estas palabras eran verídicas, sabía que Jesucristo estaba parado a la puerta de mi corazón, llamando, y que sólo yo la podía abrir o dejar cerrada. Y no quería tomar esta decisión, así que me despedí de Pedro y me marché.

Recuerdo que me encaminé directamente al cine para

tratar de olvidar la experiencia, pero las palabras de Jesús me venían de continuo a la mente: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo...» Me decía a mí mismo que esto era una tontería, un estado de ánimo pasajero. Salí del cine con la intención de ir a un club y embriagarme. En lugar de eso, llegué a la choza que se utilizaba como iglesia y allí me quebranté por completo. Me arrodillé y oré algo así: «Señor Jesús, yo sé que Tú moriste en la cruz por mis pecados. Eres el que me salva de mi maldad: por favor, entra en mi vida ahora, que te abro la puerta de mi corazón, y sé mi Salvador y Señor». Al levantarme, tenía una paz profunda y un gozo enorme. Sabía que mis pecados habían sido perdonados y quería contar a todos la maravillosa experiencia que acababa de vivir.

Un mes después de mi conversión tuve la oportunidad durante las vacaciones, de regresar a mi hogar en Zanzíbar, luego de cinco años de ausencia. Temía lo que sucedería cuando se enteraran de que yo era cristiano. La gente de allí tiende muy fácilmente a asociar el cristianismo con el imperialismo anglosajón. Cuando noté lo felices que estaban mi madre y mi familia de verme, traté de ocultarles lo de mi conversión, pero al cabo de un tiempo tuve que declararles mi nueva fe en Cristo. Ellos no podían comprender por qué les había hecho esto. Estaban muy perturbados, y yo también, pues amaba muchísimo a mi madre. Pero yo no podía esperar que personas no cristianas entendieran que mi amor por el Señor Jesucristo tiene que ser más fuerte que mi amor por los miembros más queridos de mi propia familia. En resumen, por ambas partes hubo malentendidos, dolor y lágrimas.

Desde ese momento Dios ha sido muy real para mí. He tenido la oportunidad de comprobar cuán cerca está en los tiempos difíciles. Jesús satisface los anhelos más profundos de mi corazón y nunca me he arrepentido, ni aún por un momento, de la decisión que tomé hace casi diez años, de abrirle la puerta de mi corazón. El Señor me ha dado una maravillosa esposa oriunda del Líbano que comparte igualmente mi fe, y tenemos dos hijos por los cuales damos gracias a Dios. Hemos querido servir al Señor en tierras musulmanas, pero hasta el momento no se nos han abierto las puertas. Sin embargo, por medio de mi trabajo en una compañía especializada en electrónica, encuentro cada vez más oportunidades para predicar y dar mi testimonio.

Mi fe en Cristo me ayuda a vivir al máximo. Mientras que antes la vida era o aburrida o llena de preocupaciones, hoy estoy realmente contento, pues para mí el vivir tiene sentido y el Señor me ha enseñado a no preocuparme por cualquier situación que se me presente. He aprendido, más bien, a traer todo a Dios en oración, tanto lo insignificante como lo muy importante. El me ha enseñado a no odiar a nadie, no importa lo que me hayan dicho o hecho. Tengo una gran sensación de seguridad que no proviene de lo que poseo sino de la confianza absoluta en mi Señor.

La vida cristiana no es fácil, pero sí es la más maravillosa, emocionante y satisfactoria para el alma que jamás he conocido. Esta es la razón por la que no hay nada que nos dé más gozo a mi esposa y a mí que aprovechar cual-

quier oportunidad para contar a otros la buena nueva del gran amor de Dios en Cristo Jesús para con los hombres.

Si usted es musulmán

Breve declaración de fe cristiana

HAY UN SOLO DIOS verdadero y viviente, que es Espíritu y Creador de todos los espíritus, ya sean humanos o angelicales, y de todo el inmenso universo que nos ha revelado la ciencia. Sólo El es eterno y existente en sí mismo, dependiendo todo lo demás de El. El está presente en su universo en todo lugar y en toda época, pero se da a conocer en lugares y momentos específicos. Las Escrituras del Antiguo y el Nuevo Testamento (la Torá, el Zabur y el Injil) constituyen el registro supremo de esta revelación que Dios nos da de sí mismo.

Actualmente existen copias auténticas de los libros del Antiguo Testamento en el idioma hebreo original anteriores a la era cristiana, y de los libros del Nuevo Testamento en el griego de antes del año 300 de la era cristiana (o sea, varios siglos antes del profeta Mahoma). Las traducciones de la Biblia se basan en estos documentos his-

tóricos. Hay pequeñas variaciones entre las diferentes copias antiguas (manuscritos, códices, etcétera), pero son insignificantes. No hay ni la más mínima evidencia de que judíos o cristianos hayan alterado deliberadamente las Escrituras, o de que haya existido una Torá o un Injil diferentes en el tiempo en que Mahoma dijo: «Sólo hay un Dios: el Dios vivo y eterno. El te ha enviado el libro que encierra la verdad, para confirmar las Escrituras que le han precedido. Antes hizo descender el Pentateuco y el Evangelio, para que sirvieran de guía a los hombres» (sura 3.1-2).

El hecho de que Dios es uno solo, es el fundamento básico de la Torá de Moisés. En el Injil se repite varias veces este principio que siempre ha sido la fe de los cristianos. Al mismo tiempo, la experiencia de los primeros discípulos al observar la vida de Jesús y escuchar sus palabras los llevó a la convicción de que El era, en un sentido muy especial, divino: «Mi Señor y mi Dios», son las palabras de uno de ellos.

Además, cuando después de la ascensión de Jesús al cielo y de acuerdo con su clara promesa, el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos que lo esperaban, ellos comprobaron que Dios estaba obrando entre los hombres sin ser visto, no sólo como un poder o una influencia, sino en forma personal. Por lo tanto, el Espíritu Santo también es una persona. Los cristianos tradicionalmente han hablado de tres Personas en un sólo Dios, la Santísima Trinidad, pero en este caso, la palabra «Persona» no debe entenderse en su sentido más común. Las Personas divinas están vinculadas entre sí en la unidad de la Trini-

dad más estrechamente de lo que jamás podrían estarlo los seres humanos.

Ninguna analogía terrenal podría explicar adecuadamente lo que es la divina Trinidad. Por lo tanto, no debe sorprendernos que la mente humana sea incapaz de comprender cabalmente el misterio de nuestro maravilloso Dios, quien es verdaderamente *Al Ghaib* (el Escondido). Nuestra capacidad para entender su grandeza y su misterio es tan limitada como la que puede tener un gato (por usar una ilustración familiar) para comprender lo que yo hago cuando leo un libro, o me pongo a orar. Pero, ninguna explicación de la Trinidad es válida si no reafirma la unidad de Dios.

Dios envió a sus profetas a través de los tiempos para revelar a la humanidad su voluntad y algo acerca de su naturaleza, y para llamarla al arrepentimiento y la obediencia. Pero, cuando llegó el momento propicio, Dios mismo tomó la forma humana en la persona de Jesús, el hijo de María. Esto no lo hizo para borrar su deidad y aparentar ser un hombre, sino para que la naturaleza humana y la divina fuesen combinadas maravillosamente en una sola persona. Al llamarlo Hijo de Dios no nos referimos a su concepción milagrosa, ya que El es Hijo de Dios desde toda la eternidad, y sería blasfemia pensar que de alguna manera el Dios glorioso hubiera asumido un cuerpo para tener relaciones físicas con una persona humana, María, por más santa que fuera ella.

Ese título es una metáfora que habla de Aquel que posee la naturaleza de su Padre (como los hijos humanos)

pero está más cercano al corazón de Dios. Como hombre, Jesús tuvo hambre, sed y cansancio, sintió tristeza, fue tentado, sufrió y murió. Al mismo tiempo, a través de su vida de perfección, mostró lo que Dios quería que fuese el ser humano. Como verdadero Dios manifestó la gloria divina a través de su vida entera y en la resurrección triunfó sobre la muerte. Al sufrir por la humanidad, ofreciéndose a sí mismo como el sacrificio perfecto por el pecado humano, reveló el asombroso amor de Dios, pues el amor, por su misma naturaleza, conlleva sufrimiento, y un Dios amoroso también debe ser un Dios sufriente. Por eso, la cruz es un símbolo tan significativo para los cristianos. Un discípulo de Cristo puede decir: «Me amó y se entregó a sí mismo por mí». Este amor sacrificial ha sido una motivación tremenda para el amor y el servicio entre sus seguidores.

¿Por qué tuvo que sufrir? Porque desde Adán los hombres y las mujeres han sido pecadores y se han rebelado contra el Dios santo, por lo que se han hecho merecedores de su juicio. Ni las obras buenas, ni el sufrimiento voluntario, pueden compensar los pecados de ninguna persona, por más justa que ésta aparente ser. Solamente el sacrificio de un Hombre perfecto, que es Dios mismo, será suficiente para borrar sus pecados. Al quitar las transgresiones de en medio, el sacrificio de Cristo reestablece el vínculo entre Dios y el hombre, para que así éste pueda recibir el regalo de Dios que es el perdón gratuito y la vida eterna.

Solamente por medio de la fe se puede recibir la asombrosa gracia de Dios que nos ofrece Cristo. Esta fe,

sin embargo, no implica solamente creer con el intelecto: también significa confiar en Jesús con todo el corazón y consagrarle a El nuestra voluntad. De esta manera podemos ver que no se trata, como han dicho algunos, de que la propiciación de Cristo nos da vía libre para salir a pecar otra vez. Más bien, ella nos transforma en personas nuevas, por lo que ya no tenemos más deseos de pecar.

La vida nueva en Cristo trae consigo el don del Espíritu Santo, que entra a nuestras vidas y poco a poco produce en nosotros las cualidades de Jesucristo: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Pero para esto, debemos cooperar activamente y utilizar los medios que Dios nos ha dado para crecer espiritualmente: la adoración en unión con otros cristianos, la oración personal, el estudio inteligente de la Biblia y su meditación, no la mera repetición de sus palabras. El Espíritu Santo nos da fortaleza para servir a Cristo, y nos reviste de dones especiales que podemos aprovechar para ayudar a otros y edificar a la comunidad cristiana.

Por último, llegará el día prometido en que Dios interviendrá una vez más en la historia del hombre mediante el retorno glorioso de Jesucristo, con lo que se pondrá fin a esta era, y este mundo tal cual lo conocemos, desaparecerá. El cristiano espera, sea en ese entonces, o después de su propia muerte, vivir en la presencia inmediata de Dios, sin ser asediado por el poder y la presencia del pecado, en aquel reino celestial donde todo mal habrá desaparecido, y donde el pueblo de Dios disfrutará por toda la eternidad de la visión perfecta de su belleza.

Glosario

Alá (Allah) Nombre común con que los musulmanes designan a Dios.

Corán (Alcorán) Libro sagrado del islam supuestamente revelado a Mahoma por el *arcángel* Gabriel y dictado a sus discípulos durante sus últimos veintitrés años de vida. Está escrito en árabe y consta de 114 capítulos (suras). Constituye el fundamento de la civilización musulmana, la fuente única del derecho, la moral, la administración, etcétera.

Chiítas Grupo menor y más conservador en que se divide desde antiguo el islamismo (el otro es el sunnita). Consideran a Alí y sus descendientes como únicos califas legítimos. En el presente, los chiítas dominan particularmente a Irak e Irán.

Fatiha Primera sura del Corán que es usada por los fieles como una oración.

Injil Evangelio.

Islam Nombre dado a la religión musulmana que incluye también la fuerza militar, económica, política, cultural, etcétera, de aproximadamente 1.000 millones de seguidores de Mahoma.

Isa Jesús.

Jeque Jefe que gobierna un territorio o provincia.

Jihad Guerra santa contra los infieles.

Mahoma (Muhammad) Fundador de la religión del islam, nacido en La Meca (Arabia Saudí) hacia el año 570 d.C. y muerto en el 632. Después de haber meditado durante quince años en la reforma religiosa y social de la nación árabe, convirtió a numerosos discípulos, pero se hizo igualmente gran número de adversarios y tuvo que emprender la fuga (hégira) en el 622, fecha que señala el principio de la era musulmana. Estalló la guerra y Mahoma, vencedor, hizo en 629 un viaje solemne a La Meca, de la que se apoderó en 630. Poco a poco fueron sometiendo todas las tribus rebeldes y quedó fundado definitivamente el islamismo.

La Meca Ciudad santa para los musulmanes en Arabia Saudí, a la que tienen obligación de visitar por lo menos una vez en la vida.

Mezquita Edificio religioso de los musulmanes.

Minarete (alminar) Torre de la mezquita desde la cual llama el muezín a los fieles a la oración.

Muezín (almuecín, almuédano) Religioso musulmán, que desde la torre de la mezquita, llama al pueblo a la oración cinco veces al día.

Musulmán Vocablo con que se designa a los fieles del islam, que significa «sometidos a Dios».

Patán Grupo étnico que habita mayormente en Afganistán.

Ramadán Noveno mes del año lunar musulmán que está consagrado al ayuno desde la salida hasta la puesta del sol.

Sari Traje típico de mujer en la India.

Sufi Seguidores de un islamismo con características de panteísmo místico, que habitan mayormente Irán.

Sultán Nombre que dan los musulmanes a ciertos príncipes.

Sunnita Grupo mayoritario en que se divide el islamismo desde la antigüedad que sólo reconoce las tradiciones de los califas ortodoxos.

Sura Cada uno de los 114 capítulos en que se divide el Corán.

Torá Los libros del Pentateuco (Génesis a Deuteronomio).

Zabur El Salterio.